

Los Jeques

Los secretos del oasis

Abby Green

Los secretos del oasis

Abby Green

Los secretos del oasis (2011)
Título original: Secrets of the oasis (2011)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 2121
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Salmas al Saqr y Jamilah Moreau

Argumento:

¡Aquel desierto albergaba oscuros secretos!

Cuando Jamilah Moreau se había entregado al jeque Salman en París, cinco años antes, había soñado con vestidos de novia y finales felices, mientras que él sólo había actuado movido por el deseo…

Ahora, Salman podía tener todo lo que deseara, y tal y como descubrió Jamilah cuando se la llevó a un oasis, ¡la seguía deseando a ella! No obstante, el tiempo los había cambiado y hacer el amor ya no era suficiente. Lo ocurrido en París había tenido consecuencias duraderas para ambos…

Prólogo

Hay una niña delante de la tumba, sola. Su rostro es muy pálido, tiene unos ojos azules enormes y que brillan con las lágrimas que no ha derramado, su pelo es una cascada oscura y brillante que le llega a la cintura. Un chico moreno, guapo, Salman, se separa del grupo y se acerca a ella para darle la mano.

La mira muy serio. Demasiado serio para tener sólo doce años.

–No llores, Jamilah, ahora tienes que ser fuerte.

Ella se limita a mirarlo. Sus padres han muerto en el mismo accidente aéreo que los de ella. Si él puede ser fuerte, ella también. Contiene las lágrimas y asiente brevemente, una vez, y ni siquiera aparta los ojos del chico cuando éste mira hacia donde acaban de enterrar a sus propios padres. Sus manos se mantienen unidas.

Capítulo 1

Seis años antes, París

Jamilah Moreau tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a dar saltos al ver la torre Eiffel a lo lejos. Hizo una mueca. Sabía que era un tópico, pero estaba en París, en primavera y estaba enamorada. Deseó tirar las bolsas que llevaba en las manos por los aires, reír a carcajadas y levantar el rostro hacia las flores de los árboles.

Tenía ganas de abrazar a todo el mundo. Luchó contra una sonrisa irreprimible. Siempre había pensado que la gente exageraba cuando hablaba de lo romántico que era París, pero en esos momentos sabía por qué. Había que estar enamorado para darse cuenta. No era de extrañar que su padre, francés, y su madre, originaria de Merkazad, se hubiesen enamorado allí.

No era consciente de las miradas que atraían su pelo oscuro, su tez color aceituna y sus brillantes ojos azules, tanto de hombres como de mujeres que pasaban por su lado. Le latía con tanta rapidez el corazón, estaba tan emocionada, que sabía que tenía que tranquilizarse, pero sólo le apetecía abrir los brazos y gritarle al mundo: ¡Estoy enamorada de Salman al Saqr y él también me quiere a mí!

Sólo de pensarlo apresuró el paso y le remordió la conciencia. En realidad, él no le había dicho que la amase. Ni siquiera cuando ella le había dicho que lo quería esa mañana, estando con él en la cama, tan feliz y saciada que no había podido seguir conteniéndose. Hacía días que quería decírselo.

Tres semanas. Hacía tres semanas que se lo había encontrado por la calle. Ella acababa de salir de la universidad, después de terminar los exámenes finales. Prácticamente había crecido con él, pero habían estado años sin verse y la reacción al encontrarse con el amor de su vida había sido sísmica. Estaba todavía más guapo de lo habitual. Porque se había convertido en un hombre. Alto, fuerte y poderoso.

Salman la había abrazado con fuerza y la había mirado con los ojos brillantes y, luego, de repente, había fruncido el ceño, había entrecerrado los ojos y le había dicho con incredulidad:

–¿Jamilah?

Ella había asentido, con el corazón acelerado y una ola de calor recorriéndole el cuerpo. Había soñado tanto tiempo con que Salman la mirase así…

Habían ido a tomarse un café. Y después, cuando había llegado la hora de separarse, Jamilah se había sentido como si le hubiesen estado arrancando el corazón. Entonces, Salman le había preguntado:

–¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Y aquél había sido el principio de las tres semanas más mágicas de su vida. Le había dicho que sí en seguida. Demasiado pronto. Hizo una mueca al darse cuenta de la realidad. Tenía que haberse mostrado más fría, más sofisticada, pero eso habría sido imposible, después de tantos años idealizándolo. Se había enamorado de él siendo una niña, de adolescente, se había convertido en su obsesión y ya de adulta, lo deseaba.

Ese primer fin de semana, Salman la había llevado a su apartamento y le había hecho el amor por primera vez… y en esos momentos todavía sentía calor en el vientre y se sonrojaba al recordarlo.

Sacudió la cabeza y siguió andando. En esos momentos iba hacia casa de Salman, para hacerle la cena. En realidad, él no la había invitado esa noche. De hecho, esa mañana había estado muy callado, pero Jamilah confiaba en que, cuando la viese y descubriese las deliciosas provisiones que había comprado, le dedicaría esa sonrisa tan sexy suya y le abriría la puerta de par en par.

Mientras esperaba para cruzar la calle en la que estaba su impresionante edificio del siglo XVIII, Jamilah pensó en lo serio que se ponía Salman a veces, siempre que le mencionaba Merkazad, donde ambos habían nacido, o a su hermano mayor, el jeque Nadim, que gobernaba el país.

Salman siempre había tenido una personalidad oscura, pero que a ella no le había intimidado. Desde que tenía memoria, se había entendido bien con él y nunca se había cuestionado que fuese un solitario y no tuviese el don de gentes de su hermano. No obstante, durante las últimas semanas, Jamilah había aprendido a evitar hablar de Nadim o de Merkazad.

Se suponía que ella iba a volver a su país natal en una semana, pero esa noche iba a decirle a Salman que, si él quería que se quedase en París, lo haría. No era lo que había planeado, pero todo su mundo había cambiado desde que se había encontrado con él.

Llegó a la ornamentada puerta del edificio de Salman, que vivía en el piso más alto, en un impresionante apartamento de planta abierta. El conserje se acercó a saludarla muy sonriente, pero de repente cambió de expresión y le dijo:

–Excusez-moi, mademoiselle, pero ¿la espera el jeque esta noche?

A Jamilah le extrañó que lo llamase jeque; casi se le había olvidado que Salman ocupaba el segundo puesto en la línea sucesoria de su país, después de su hermano Nadim. Merkazad era un pequeño territorio independiente de la península arábiga, perteneciente al país de Al-Omar. Allí era donde había nacido su madre, donde había sido llevada Jamilah después de haber nacido en París. Su padre, de nacionalidad francesa, había sido consejero del padre de Salman.

Jamilah sonrió de oreja a oreja y levantó las bolsas que llevaba en las manos.

–Voy a hacerle la cena.

El conserje le devolvió la sonrisa, pero parecía incómodo y Jamilah sintió un escalofrío mientras subía en el ascensor. Cuando éste se detuvo y las puertas se abrieron, la sensación de desasosiego aumentó, sobre todo al ver que la puerta de su apartamento estaba entreabierta y que, al empujarla, se oía reír al otro lado a una mujer.

Jamilah tardó un par de segundos en entender la escena que tenía delante. Salman estaba con la cabeza inclinada, a punto de besar a una mujer pelirroja, preciosa, que lo estaba abrazando. De repente, Jamilah se sintió acomplejada, con sus vaqueros y su camiseta.

Los vio besarse y que Salman abrazaba a la mujer por la cintura. Tal y como la había abrazado a ella. Jamilah pensó que había debido de hacer un ruido, no fue hasta más tarde cuando se dio cuenta de que había dejado caer las bolsas de la compra.

Salman rompió el beso y miró a su alrededor, pero sin apartar las manos de la otra mujer, que también la estaba mirando, con los

ojos verdes brillantes, enfadada por la interrupción.

Jamilah estaba tan sorprendida que no se fijó en el pelo moreno y grueso de Salman, que estaba despeinado, ni en la intensidad con la que le brillaban los ojos, siempre llenos de sombras y secretos. Ni tampoco en la dura línea de su mandíbula ni en sus pómulos perfectamente esculpidos.

Aturdida, se quedó donde estaba y vio cómo Salman le decía algo en voz baja a la otra mujer, que protestó antes de apartarse y recoger su bolso y su abrigo.

Pasó al lado de Jamilah antes de salir, dejando a su paso una nociva nube de perfume, y dijo:

–A plus tard, cheri.

Hasta luego, cariño.

La puerta se cerró a espaldas de Jamilah y ella empezó a reaccionar. Salman la estaba mirando, con los brazos en jarras, vestido con un traje oscuro, camisa blanca y corbata. Era la primera vez que lo veía así vestido y le daba un aire muy severo. Jamilah sabía que era analista de inversiones, pero no le había hablado nunca de su trabajo. Ella se dio cuenta entonces de que, en realidad, no había hablado de nada personal con ella, sólo la había seducido.

Jamilah notó que le empezaban a temblar las piernas, pero antes de que le diese tiempo a hablar, Salman se le adelantó.

–No esperaba verte esta noche. No habíamos quedado.

¡Tampoco habían quedado en que él le desbaratase la vida entera en tan sólo tres semanas! El cerebro aturdido de Jamilah intentó relacionar a aquel extraño distante y frío con el hombre que le había hecho el amor menos de doce horas antes. El mismo hombre que le había susurrado ternezas al oído mientras la penetraba y ella arqueaba la espalda y gritaba de placer, clavándole las uñas en el trasero.

Intentó sacar todas aquellas imágenes de su mente y sintió ganas de llorar.

–Yo… quería darte una sorpresa. Iba a prepararte la cena…

Jamilah bajó la vista y vio la carnicería. Los huevos se habían roto contra el parqué. Una botella de vino que, afortunadamente seguía entera, estaba tumbada. Ella volvió a levantar la cabeza al oír que Salman le decía:

–No puedes venir aquí cuando te apetezca, Jamilah.

Y, de repente, aquello hizo que saliese de dentro de ella algo que no sabía que tenía, como un instinto de supervivencia que la obligó a levantar la barbilla.

–Por supuesto que no habría venido si hubiese sabido que estabas… ocupado –le contestó–. ¿Estabas…? ¿Estabas con ella a la vez que conmigo?

Salman negó con la cabeza. Parecía impaciente.

–No.

–Entonces, es evidente que has empezado a verla ahora. Está claro que te has aburrido de mí. Tres semanas deben de ser tu límite.

Jamilah no pudo evitar sentirse destrozada. Sólo podía pensar en que había desnudado su corazón y su alma delante de aquel hombre. Le había dicho con voz ronca que lo amaba, que siempre lo había amado.

Y él había sonreído de medio lado y le había contestado:

–No seas ridícula. Casi no me conoces.

–Te conozco de toda la vida –había replicado ella con orgullo–. Y sé que te amo.

Entonces, él se había apartado y había empezado a responder sólo con monosílabos. Jamilah lo entendió en esos momentos.

–¿Qué esperabas exactamente, Jamilah? –le preguntó él entonces.

Jamilah controló la emoción.

–Nada –le respondió–. Habría sido una estupidez esperar algo, ¿no? Tú ya has pasado página. ¿Ni siquiera me lo ibas a decir?

Salman apretó los labios.

–¿Qué querías que te dijese? Hemos tenido una aventura maravillosa. Tú vas a volver a Merkazad dentro de una semana y, por supuesto, yo voy a seguir con mi vida.

Jamilah se sintió como si estuviese retrocediendo por dentro, como si le hubiesen dado un golpe. Aquel hombre había sido su primer amante, y llamar aventura a lo que habían tenido reducía el regalo de su inocencia a nada.

Salman frunció el ceño y dio un paso al frente.

–¿Vas a volver a Merkazad, verdad? –le preguntó antes de jurar entre dientes en árabe–. ¿No esperarías nada más?

Al parecer, a Jamilah debía de haberle traicionado su

expresión, porque lo oyó añadir:

–Yo no te he prometido nada. Nunca he hecho nada que te hiciese esperar nada más, ¿o sí?

Ella negó con la cabeza como si fuese un robot. No, no lo había hecho. Jamilah tuvo que hacer un enorme esfuerzo para mantenerse en pie. Salman no podía saber el daño que le estaba haciendo. Ella había jugado con fuego y se había quemado. Todos los días que había pasado con él habían sido emocionantes, mágicos, pero él no le había prometido nada. En ese momento, Jamilah sólo quería marcharse y hacerse un ovillo, lejos de allí, donde pudiese maldecirse por haber sido tan ingenua. Pero no se podía mover.

Salman observó a la mujer que tenía delante. Hacía tanto tiempo que se había obligado a no sentir emociones que, en esos momentos, casi no las reconoció. Notó un fuerte dolor en el pecho, pero lo hizo retroceder. Durante las tres últimas semanas, había disfrutado como de un sueño y había llegado a pensar que tal vez no estuviese condenado, como había creído siempre. Al encontrarse con Jamilah, al volver a verla, tan guapa, se había abierto algo en su interior. Por un segundo, había tenido la desfachatez de pensar que algo de aquella bondad innata que poseía ella se le había podido contagiar.

Cuando la había visto cruzar la calle unos minutos antes, tan sonriente, se había dado cuenta de que era cierto lo que le había dicho esa mañana, que estaba enamorada de él. Salman había intentado no pensar en ello durante todo el día, había intentado convencerse de que no era cierto, había tratado de ignorar la incómoda sensación de culpa y responsabilidad.

Al verla acercarse a su casa se había sentido como si tuviese entre las manos una delicada mariposa, a la que no podía evitar aplastar, ni siquiera si quería proteger su frágil belleza.

Eloise, su compañera, que lo había acompañado a casa con el pretexto de que le diese un documento, se había acercado a él en el momento perfecto. Su sensualidad, confiada y excesivamente desenvuelta, contrastaba con la sutileza de Jamilah. Él había sabido que tenía que dejarla marchar, y por eso se había asegurado de dejarle claro que lo suyo se había terminado. Sabía que iba a aplastar a la mariposa, pero no tenía elección. No podía ofrecerle nada más que un alma llena de oscuros secretos. Él no podía amar.

Por un momento, se quedó en silencio, la miró hasta hacer que ella se marease. Por un segundo, a Jamilah le pareció ver arrepentimiento en sus ojos. Hasta que éste volvió a hablar y le rompió el corazón en dos.

–Sabía que estabas subiendo. El conserje me ha avisado –le confesó, encogiéndose de hombros–. Podría no haber besado a Eloise, pero he preferido que vieses eso, a que averiguases el tipo de persona que soy en realidad. Jamás debí seducirte. Fue una debilidad hacerlo.

Jamilah leyó entre líneas. Lo que Salman quería decirle era que le había sido demasiado fácil seducirla.

–Deberías marcharte. Supongo que tienes que preparar muchas cosas antes de volver a Merkazad. Créeme, Jamilah, no soy la clase de hombre que puede darte lo que tú quieres. Soy muy retorcido, no un caballero capaz de hacerte vivir un romántico sueño. Lo nuestro se ha terminado. Esta noche voy a salir con Eloise y voy a continuar con mi vida. Y te sugiero que tú hagas lo mismo.

–Pensé que éramos amigos… pensé… –balbució ella, aturdida.

–¿El qué? –replicó Salman–. ¿Que íbamos a ser amigos para toda la vida sólo porque crecimos en el mismo lugar y pasamos tiempo juntos?

Jamilah se dijo a sí misma que lo mejor era no responder a aquello, pero no pudo evitar hacerlo.

–Era más que eso… Lo nuestro era diferente. Hablabas conmigo, pasabas tiempo conmigo, mientras que no lo hacías con nadie más… Estas tres últimas semanas… Pensé que lo que siempre habíamos compartido estaba transformándose en algo…

Salman la hizo callar con su fría mirada.

–Durante años, me estuviste siguiendo como un cachorro y yo no tuve el valor de decirte que me dejases en paz. Estas tres últimas semanas sólo hemos tenido sexo. Te has convertido en una mujer muy bella y te he deseado. Ni más ni menos.

Eso era todo.

–No me digas nada más. He entendido el mensaje. Es evidente que ya no tienes corazón. Eres un desgraciado.

–Sí, lo soy –admitió él.

Jamilah consiguió por fin moverse, se dio la vuelta para marcharse y tropezó con las bolsas que se le habían caído al suelo.

Ni siquiera intentó recogerlas.

Estaba en la puerta cuando le oyó decir a Salman con cinismo:

–Saluda a mi querido hermano y a Merkazad de mi parte. No pretendo ir a verlos en mucho tiempo.

Jamilah abrió la puerta y salió. No miró atrás ni una sola vez.

Un año antes

La celebración del cumpleaños del sultán de Al-Omar era tan fastuosa como siempre. Tenía lugar en el palacio Hussein, en el corazón de la magnífica metrópolis de B'harani, en la costa de la península arábiga, a unas dos horas de la montañosa Merkazad.

Uno de los asesores del sultán llevaba años detrás de Jamilah que, por fin, había cedido y había decidido asistir ese año a la fiesta. En esos momentos tenía un nudo en el estómago porque sabía que, si había aceptado la invitación, era porque Salman iba a estar allí.

Todos los años, los periódicos sensacionalistas lo sacaban con alguna belleza nueva. Salman siempre asistía a la fiesta solo, pero se marchaba bien acompañado.

Su acompañante se había alejado de ella un momento y Jamilah estaba sola en el salón de baile. Era la primera noche de celebraciones, así que se suponía que sólo estaban allí los familiares y los amigos más íntimos del sultán, pero había alrededor de doscientas personas en la habitación.

Jamilah notó que le picaba la piel y se arrepintió de haber tomado una decisión tan precipitada. Lo había hecho porque, desde que había visto por última vez a Salman en París, no había podido sacárselo de la cabeza, y hasta había empezado a soñar con él. Soñaba con que ella tenía seis años y estaba delante de la tumba de sus padres, entonces Salman se acercaba y le daba la mano, transmitiéndole una fuerza tan palpable que no podía olvidarse de ella.

Sabía que era ridículo, pero se había enamorado de él en ese momento y a pesar de saber que ese amor infantil jamás se convertiría en un amor adulto, no podía evitar que se le encogiese el corazón cada vez que lo recordaba.

No podía seguir así y esperaba que yendo a la fiesta y viendo a Salman comportarse como un playboy, sentiría asco y conseguiría seguir con su vida.

Se había imaginado saludándolo con practicada sorpresa. Le preguntaría cómo estaba y fingiría aburrirse mientras escuchaba su respuesta. Después se alejaría y lo habría olvidado. Y él se quedaría seguro de que su breve aventura no significaba nada para ella.

Pero no había ocurrido así. Estaba saliendo del salón de baile, distraída, mirando su bolso, cuando había visto a un hombre alto, fuerte y moreno vestido de esmoquin. Había estado a punto de llamarlo pensando que se trataba del hermano de Salman, Nadim. Los dos eran igual de altos y fuertes. Entonces, Jamilah se había dado cuenta de su error, pero no había podido evitar dar un grito ahogado.

Él había fruncido el ceño al verla y la había recorrido de los pies a la cabeza con la mirada.

–Jamilah… por fin nos encontramos. Me preguntaba si estarías evitándome.

Ella había recordado inmediatamente aquella fatídica tarde en París, en su apartamento. Y había luchado por guardar la compostura, agradecida de ir vestida con un traje de diseñador y de estar muy bien maquillada. Se había obligado a andar hacia él por el pasillo vacío para pasar por su lado sin pararse, pero Salman la había agarrado del brazo para detenerla.

Ella lo había mirado, con su traicionero corazón acelerado.

–No seas ridículo, Salman. ¿Por qué iba a querer evitarte?

Una voz en su interior había respondido: «Porque te rompió el corazón y jamás has podido olvidarlo».

–Porque es la primera vez que te veo en la fiesta de cumpleaños del sultán –le respondió él, mirándola con dureza.

Jamilah se había zafado de él.

–Esto no es precisamente lo mío, pero, aunque no sea asunto tuyo, he venido porque he sido invitada por…

–Ah, Jamilah, aquí estás. Te estaba buscando.

Aliviada, Jamilah había visto acercarse a su acompañante. Lo había dejado acercarse y que le pusiese el brazo alrededor de los hombros para dejar claro que estaba con él. Y a ella, por una vez, no le había importado. Luego había balbucido algo en dirección a

Salman y se había dejado alejar de allí, dejando a éste a sus espaldas.

En ese momento se encontraba entre la multitud que se había reunido después de la cena, una cena que a ella le había costado mucho tragar, consciente de la intensa mirada de Salman desde el otro lado de la mesa.

Aliviada, vio a su acompañante con el jeque Nadim y la acompañante de éste, Iseult, una chica irlandesa que había ido a trabajar a los establos de Nadim después de que éste hubiese comprado la granja de ganado de sus padres en Irlanda.

Jamilah se acercó a ellos, que la miraron preocupados porque estaba muy pálida. Se sentía mareada.

–¿Qué te pasa, Jamilah? –le preguntó Iseult.

Ella sonrió.

–Nada.

Pero sabía que había palidecido al ver que Salman se acercaba hacia allí con el ceño fruncido. ¿Cómo había podido pensar que aquello sería buena idea?

Jamilah se disculpó en un susurro y se dirigió hacia las puertas abiertas del patio, donde, afortunadamente, había poca gente. Se apoyó en la barandilla de piedra y respiró hondo, pero todo su cuerpo reaccionó al notar que lo tenía detrás.

Se giró muy despacio y vio que el patio se había quedado vacío.

–Déjame tranquila, Salman –le pidió con voz temblorosa.

–Si querías que te dejase tranquila, debías haberte quedado en Merkazad –replicó él con brusquedad.

Jamilah hizo una mueca al reconocer que aquello era verdad. Cómo había podido pensar que soportaría aquello…

–Ah, sí, porque tú nunca vienes a casa.

–Exacto –admitió él con los ojos brillantes.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada y luego, Salman dio un paso al frente. A Jamilah le dio un vuelco el corazón y se fijó en que alguien había cerrado las puertas del patio.

–Eres todavía más guapa de lo que recordaba –le dijo él con voz profunda.

Jamilah se olvidó de escapar de allí y lo fulminó con la mirada. Su piropo cayó en oídos sordos. Había un brillo depredador en sus

ojos que a Jamilah no le gustó. No tenía ningún derecho sobre ella. El rostro de Salman estaba entre las sombras, así que no podía ver su expresión.

–La última vez que me viste me dijiste que era muy bella, Salman... ¿o no te acuerdas de cómo me explicaste por qué te habías acostado conmigo?

–Sin duda, eras muy bella entonces, pero ahora hay una madurez en tu belleza...

La nostalgia de su voz pilló a Jamilah desprevenida.

Se obligó a sonreír.

–Deberías ser capaz de reconocer el cinismo en mis palabras, Salman. Al fin y al cabo, eres el rey de los cínicos, ¿no? Siempre llegas a la fiesta del sultán con las manos vacías y te marchas con la mujer más bella del lugar. ¿Sigues teniendo la norma de no estar con ninguna más de tres semanas, o sólo me la aplicaste a mí? Dime, ¿cuánto tiempo te duró Eloise?

–Para.

–¿Por qué?

Salman se acercó más, salió de entre las sombras y entonces fue cuando Jamilah vio la crudeza de su rostro y estuvo a punto de olvidarse de todo.

–Pensé que ya lo habrías superado.

Jamilah rió con amargura.

–¿Superarlo? –repitió, cruzando los dedos detrás de la espalda–. Te he olvidado hace mucho tiempo y no tengo nada de qué hablar contigo, así que, si no te importa, imagino que mi acompañante me estará buscando.

–Ese hombre no está hecho para ti. Es un mequetrefe, una marioneta del sultán. ¿Qué estás haciendo con él?

–¿Y a ti qué te importa? Es perfecto –le espetó ella, intentando rodearlo para marcharse.

Salman la agarró del brazo.

–Dime, ¿gritas su nombre extasiada? ¿Le clavas las uñas en la espalda y le ruegas que no pare jamás?

No le hizo falta añadir si también le decía que lo amaba. Jamilah no pudo evitar recordar y casi no se dio cuenta de cómo Salman volvía a ponerla delante de él. Tampoco fue consciente de la intensidad de su mirada, ni de cómo gemía justo antes de besarla.

Sólo salió de su aturdimiento al notar cómo los labios calientes de Salman sellaban los suyos, obligándola a abrirlos para meterle la lengua dentro de la boca. Jamilah no pudo defenderse. El deseo hizo que ardiese por dentro.

Era increíble, cómo su cuerpo recordaba las caricias de Salman, lo mucho que las deseaba. Le gustó sentir sus manos en la espalda, agarrándola por el trasero. Salman la apretó contra él, haciéndole notar su erección y ella no pudo evitar arquear el cuerpo contra el suyo, deseando más. Como si no hubiese pasado el tiempo.

Entonces Salman la apretó todavía más contra él y Jamilah vio en su mente a la mujer pelirroja, entre sus brazos, haciendo el amor con él.

De repente, se apartó de él, horrorizada por su debilidad.

–Mantente alejado de mí, Salman. No hay nada entre nosotros. Nada. Nunca lo ha habido. Tú mismo lo dijiste. Fue sólo una aventura y yo ya no estoy en el mercado para nadie.

Se dio la media vuelta y atravesó las puertas, rezando porque Salman no volviese a detenerla. Entonces, se giró y le dijo:

–Tuviste tu oportunidad y no tendrás otra. Y, para tu información, he gritado muchos otros nombres, extasiada, después del tuyo, así que no pienses que lo que ocurrió entre nosotros fue algo especial.

Salman la vio volver a la fiesta y, por un momento, una ola de desesperación lo sacudió. Volver a verla había despertado muchas emociones en él, emociones que no había sentido desde la última vez que habían estado juntos. Se apoyó en la pared. De repente, le temblaban las piernas.

Besarla, abrazarla, había sido embriagador.

Familiar. Y necesario. Tan necesario como respirar. Era como si no hubiese pasado el tiempo. La deseaba casi desesperadamente. Y con aquello en mente, volvió a erguirse. Ya la había seducido y la había rechazado después. No tenía derecho a desearla otra vez. Nunca deseaba a ninguna mujer después de haberla tenido. ¿Por qué iba a ser aquélla distinta?

Apretó los labios y volvió a la fiesta. Esperaba que fuese verdad, lo de que había tenido muchos otros amantes después de él, porque eso significaba que su impacto en ella había sido mínimo, y que podía ignorar el hecho de haber creído ver vulnerabilidad y

dolor en sus increíbles ojos azules.

Jamilah sabía que lo que le había dicho a Salman antes de marcharse había sido todo mentira, pero le había hecho sentirse bien por un instante. Después de aquello, se había marchado de la fiesta y una hora después ya estaba con la cara lavada y de camino a Merkazad subida en su todoterreno.

Al final tuvo que detenerse en el arcén de la autovía ya que las lágrimas le impedían ver la carretera. Apoyó la cabeza en el volante y admitió que había sido muy ingenua al pensar que podría marcharse tan tranquila después de haber visto a Salman y, todavía peor, después de haberlo besado. A pesar de estar segura de que para él sólo había sido un cruel experimento para ver que seguía deseándolo.

En cierto modo, Jamilah jamás había podido creer que se hubiese convertido en un extraño, tan cruel y distante, aquel día.

Intentó no permitir que su cerebro fuese por ahí. No quería justificar el comportamiento de Salman. Era frío y despiadado, siempre lo había sido, pero su ingenuidad no le había permitido verlo antes.

Jamilah se había preguntado muchas veces si los catastróficos acontecimientos que habían tenido lugar en Merkazad tenían algo que ver con el aislamiento y la oscuridad de Salman. Años antes de que Merkazad hubiese sido invadido por un ejército de Al-Omar, que se había opuesto a su independencia, Salman, su hermano y sus padres habían estado tres largos meses encerrados en los sótanos del castillo. Había sido una época muy difícil para todo el país, y debía de haber sido una experiencia traumática para Nadim y Salman, pero, por entonces, ella había tenido sólo dos años, así que no podía recordar los detalles.

Años después de su liberación, ella siempre había podido pasar tiempo con Salman, aunque éste no hubiese permitido ni siquiera a su hermano y a sus padres acercarse. Él no le había hablado mucho, pero siempre la había escuchado. Y jamás la había hecho sentirse incómoda. Hasta la había buscado antes de marcharse de Merkazad para siempre. Aquel día, le había tocado la mejilla con un dedo y la había mirado con tanta tristeza que Jamilah había deseado

reconfortarlo, pero él se había limitado a decirle:

–Ya nos veremos, niña.

Ése era el vínculo que ella creía que había cobrado vida durante aquellas tres semanas en París. No obstante, si creía lo que Salman le había dicho entonces, ¿y por qué no iba a creerlo?, había sido sólo una cruel ilusión. Tenía que convencerse a sí misma de que el comportamiento de Salman no tenía justificación, y después de aquella noche, tenía que dejar de estar obsesionada con él.

Capítulo 2

Actualidad

El jeque Salman bin Kalid al Saqr observó las sombras de las aspas del helicóptero en las montañas que había a sus pies y, al mirar a lo lejos, vio por fin los minaretes y el perfil de Merkazad, y el castillo, hacia donde iba. Su casa y lugar de nacimiento. Volvía por primera vez en diez años. Y se sentía aturdido por dentro.

Todavía recordaba el día en que se había marchado, y la virulenta discusión que había tenido con su hermano mayor, Nadim, como si hubiese sido el día anterior. Ambos en el estudio de su hermano, desde el que éste dirigía el país desde la temprana edad de los veintiún años. A Salman siempre le había dado miedo que su hermano tuviese tanta responsabilidad porque siempre había sabido que él no sería capaz de soportarla.

No por falta de capacidad, sino porque con sólo ocho años ya se había sentido responsable de su pueblo y, aunque jamás había hablado de ello, había decidido sacar para siempre de su corazón a Merkazad y a cualquier persona que tuviese algo que ver con el país.

Como para contradecirlo, apareció en su mente la imagen de Jamilah, la similitud que siempre había sentido con ella, el hecho de que, durante mucho tiempo, hubiese sido la única persona a la que le había permitido estar cerca de él y, en París, la facilidad con la que se había dejado seducir por ella para vivir de manera más indulgente que nunca. Y luego, cómo le había dicho que aquello no había significado nada para él, que aquel vínculo especial era sólo imaginación de ella. Le picó la piel sólo de recordarlo e intentó olvidarse de aquello y volver a pensar en aquel momento que había pasado con su hermano.

–¡Ésta es tu casa, Salman! –le había gritado Nadim–. Te necesito aquí conmigo. Necesitamos gobernar juntos para ser fuertes.

Salman todavía recordaba lo muerto que se había sentido por dentro, tan alejado de la pasión de su hermano. Había sabido que aquél sería su último día en Merkazad. Era un hombre libre. Desde que había tenido ocho años, desde la horrible época de su

encarcelamiento, se había sentido siglos mayor que Nadim.

–Hermano, ahora éste es tu país, no el mío. Voy a forjar mi propia vida. Una vida en la que no podrás darme órdenes. No tienes derecho a hacerlo.

Había visto a Nadim luchar consigo mismo y advertirle en silencio que no se metiese en aquello. Al marcharse, había visto como su hermano perdía las ganas de pelear. El peso de su historia era demasiado grande. Salman sentía celos cada vez que miraba a su hermano y sabía que su bondad jamás se había visto comprometida, ni arrebatada, ni violada, como le había ocurrido a él cuando le habían arrancado su niñez durante tres meses que le habían parecido tres siglos.

Salman sabía que su hermano se culpaba a sí mismo por no haberlo protegido entonces. Y a pesar de estar convencido de que no tenía sentido, porque Nadim había estado tan indefenso como él, Salman también seguía culpándolo por no haberle evitado los horrores que había tenido que vivir. En cierto modo, quería que su hermano sufriese lo mismo que había sufrido él, y se lo infligía con impunidad, sabiendo lo que hacía a pesar de odiarse por ello al mismo tiempo.

La culpa y las recriminaciones llevaban años bullendo entre ambos y no había sido hasta un año antes, al ver a Nadim en el cumpleaños del sultán de Al-Omar, cuando Salman había notado un pequeño cambio en su interior. Habían hablado sólo durante unos tensos segundos, como hacían siempre que se encontraban una o dos veces al año, pero Salman había sentido una especie de ingravidez desconocida hasta entonces.

Hizo una mueca, sus ojos miraban pero no veían la imagen de su país en todo su rocoso esplendor. El hecho de estar sobrevolándolo, de estar a punto de aterrizar, hablaba por sí solo. Una parte de él seguía sin creer que fuese a pasar un mes en Merkazad, ocupando el lugar de Nadim, mientras éste y su esposa embarazada iban a Irlanda, el país de origen de ésta.

Una ley ridícula y arcaica decía que, si Merkazad estaba un mes sin su jeque, el ejército podría dar un golpe de estado para establecer a un nuevo soberano. Era una ley que se había creado en una época en la que el territorio había sufrido muchos ataques, para proteger a Merkazad de las fuerzas extranjeras.

Era la segunda vez que estaban en aquella situación. La anterior había sido cuando sus padres habían fallecido y se había formado un gobierno provisional hasta que Nadim había cumplido la edad necesaria. Por suerte, el ejército había sido incondicionalmente leal a su padre y a Nadim.

No obstante, Nadim le había confesado a Salman que, desde que se había casado con Iseult, algunas personas se habían sentido decepcionadas porque no hubiese escogido a una esposa de su país. Y le preocupaba que hubiese cierta inestabilidad hasta que naciese su primer heredero, pero si Salman ocupaba su lugar, nadie podría estar en desacuerdo.

Y Salman había accedido, a pesar de haber deseado no hacerlo. En el fondo, siempre había sabido que algún día tendría que volver a casa y enfrentarse a los fantasmas del pasado y, al parecer, el momento había llegado. Así que había achacado su incomprensible decisión a aquello, y no a un latente sentido de la responsabilidad, ni al hecho de que hubiese pasado el tiempo… ni a que no había estado tranquilo desde que había visto a Jamilah un año antes.

Todavía recordaba cómo se le había encogido el estómago nada más verla. En ese momento se había dado cuenta, aliviado, de que siempre que había ido a la fiesta del sultán lo había hecho con la esperanza de verla… y no le había gustado nada la revelación.

Se puso serio. Jamilah siempre estaría fuera de su alcance. Tenía que haberla rechazado en su momento, pero no había sido capaz de resistirse. A pesar de saber que era una mujer demasiado inocente para su frío corazón, la había seducido en París, le había robado la inocencia, demostrándose a sí mismo lo vicioso que era en realidad.

Y, no contento con aquello, le había roto cruelmente el corazón. Se le encogió el estómago al recordar su cara tan pálida aquel día. El increíble dolor de sus maravillosos ojos.

Se aseguró a sí mismo que la había salvado, de él y de otros hombres parecidos. Porque él ya no podía salvarse. Había visto la cara del maligno y eso lo había contaminado para siempre, y contaminaría a cualquiera que se acercase a él, por eso no permitía que nadie se le acercase demasiado.

Y, aun así, había besado a Jamilah en la fiesta del sultán. Su cuerpo cobró vida propia al pensar en ella y Salman cambió de

postura, incómodo.

Se obligó a no pensar en que, durante el último año, ninguna mujer había conseguido saciar su insaciable libido, sólo de pensar en Jamilah se excitaba, pero jamás volvería a tocarla. Si tenía la oportunidad de redimir un poquito de su alma, lo haría con aquello.

Salman sabía que Nadim sospechaba que había pasado algo entre ambos y, por supuesto, no le parecía bien. La última vez que habían hablado le había dicho:

–No creo que veas a Jamilah. Vive y trabaja en los establos y está muy ocupada.

Y él había pensado que mucho mejor, porque se estremecía sólo de pensar en los caballos y en los establos, así que no iba a pasarse por allí. Sintió ganas de decirle al piloto que se diese la vuelta, pero se dijo que era lo suficientemente fuerte como para aguantar un mes en su propio país. Tenía que serlo. Había oído historias mucho más duras que la suya. Se lo debía a aquéllos que habían confiado en él contándoselas para que pudiese enfrentarse a su pasado.

Volvió a desear poder refugiarse en las drogas y en el alcohol.

Suspiró al ver con claridad el castillo. Superaría aquello como había superado el resto de etapas de su vida: distrayéndose del dolor.

–Señorita Jamilah…

Salman salió del helicóptero con la camisa medio salida y unos vaqueros desgastados. Parecía… una estrella del rock, no el segundo en la línea sucesoria de Merkazad.

El ama de llaves arrugó el rostro y comentó:

–No se parece en nada a su hermano. Es una desgracia para…

–Hana, ya es suficiente.

Todo el personal estaba reunido para hablar de las tareas domésticas del castillo durante la ausencia de Nadim e Iseult, y Jamilah estaba muy nerviosa desde que se había enterado el día anterior de la llegada de Salman en helicóptero.

La otra mujer se puso colorada.

–Lo siento, señorita Jamilah. Por un momento, me he dejado llevar…

Jamilah sonrió con tensión.

–No pasa nada. Sólo estará aquí hasta que Nadim e Iseult regresen… y después todo volverá a la normalidad.

«Sí, claro».

Al ama de llaves se le iluminó el rostro.

–¡Y al año que viene tendremos un bebé en el castillo!

Jamilah quería mucho a Nadim y a Iseult, pero no podía evitar sentir celos de su exultante felicidad.

En realidad, se había sentido aliviada al enterarse de que se marchaban a Irlanda. Ser testigo de su intenso amor le estaba resultando cada vez más difícil, sobre todo, desde que Iseult había anunciado su embarazo seis meses antes.

No obstante, el alivio le había durado muy poco tiempo, hasta que Nadim había comentado con naturalidad que sería Salman quien lo reemplazase durante el tiempo que durase el viaje.

Jamilah se había dado cuenta de que tanto Nadim como Iseult habían estado pendientes de su reacción. No le habían hecho preguntas después de que se comportase de manera tan rara en la fiesta del sultán un año antes, pero había sido evidente que tenía algo que ver con Salman.

En cualquier caso, había conseguido responder:

–Qué bien. Hace tanto tiempo que no viene a casa…

–Podrías marcharte a Francia, si quieres –le había sugerido Nadim–. A echar un vistazo a nuestros establos de allí.

Y ella se había puesto tensa.

–No. De eso nada. No voy a irme a ninguna parte. Aquí hay demasiado trabajo…

También estuvo a punto de contestar que no cuan do Hana le preguntó si iba a ir al castillo a hablar con Salman.

Jamilah sonrió y respondió:

–¿Para qué iba a querer ir yo al castillo, si tú lo tienes todo tan bien organizado? Llámame si me necesitas.

Y, para su alivio, Hana se marchó sola. Jamilah apoyó la espalda en el respaldo de su sillón. Tenía el corazón acelerado.

Un mes.

Un mes entero sin acercarse al castillo ni a Salman. Al menos, en los establos estaba segura. Desde que lo conocía, sentía aversión por los caballos, así que no se acercaría a ellos.

Lo había superado, así que daba igual que estuviese a diez minutos de allí.

El teléfono de Jamilah sonó a las cinco y media de la mañana, justo cuando iba a salir a hacer su primera ronda por los establos, para comprobar que todo estaba en su lugar.

Descolgó en el despacho, que formaba parte de sus habitaciones. Sólo pudo oír un llanto histérico, y luego logró tranquilizar a Hana para que le contase lo que le pasaba.

Enfadada, le dijo:

–Ahora voy.

Salió, se subió a su todoterreno y realizó el trayecto de diez minutos hasta el castillo.

En cuanto se bajó del coche, Hana, que la estaba esperando, empezó a balbucir:

–Toda la noche, todas las noches… música alta, ¡y la comida! Es demasiado… No puedo con tantas exigencias y han empezado a tirar cosas… ¡En la sala de ceremonias! Si Nadim estuviese aquí…

–Organiza a la plantilla para que hagan la limpieza, y llama a Sakmal para que venga con un autobús. Echaré a todos los invitados esta misma mañana.

Una hora después, Jamilah llegaba furiosa hasta los aposentos en los que se había instalado Salman. Acababa de ver todos los destrozos causados por el grupo de amigos europeos de Salman y había visto como al menos cincuenta de ellos, todavía borrachos, se subían a un autobús que les llevaría a Al-Omar y, de allí, a casa.

Abrió la puerta de la suite de Salman de un empujón y la hizo chocar contra la pared. El dolor que sintió dentro casi la hizo doblarse, y eso la enfadó todavía más.

Había dos cuerpos tumbados encima de un sofá. Una botella de champán vacía y copas tiradas. La mujer, joven y rubia, muy maquillada, llevaba un minúsculo vestido de lentejuelas. Parecía borracha, allí tumbada, al lado de Salman, que estaba dormido. Al menos él llevaba todavía los vaqueros puestos.

–Perdone –le dijo la rubia–, ¿quién cree que es?

Jamilah se acercó, intentando no mirar el torso desnudo de Salman, y la levantó agarrándola del brazo.

–¡Ay!

La llevó hasta la puerta, donde dos doncellas esperaban nerviosas.

–Chicas, acompañadla al autobús en cuanto haya recogido sus cosas y decidle a Sakmal que puede marcharse. Creo que ya está todo el mundo.

Jamilah cerró la puerta de un golpe y suspiró profundamente. Luego se giró y vio que Salman no se había movido. Siempre había dormido como un tronco.

Ella lo recorrió con la mirada y pensó que parecía un ángel caído del cielo, pero no lo era.

Apretó la mandíbula para luchar contra el calor que la estaba invadiendo y fue al baño, donde encontró lo que estaba buscando. Luego rezó en silencio porque Nadim y Hana la perdonasen por el daño que iba a hacerle a los muebles y le tiró un cubo lleno de agua helada a Salman.

Salman pensó que lo estaban atacando y sus reflejos hicieron que se pusiese en pie de un salto antes de saber lo que pasaba.

Sólo tardó un par de segundos en averiguarlo y, entonces, se relajó. Tenía a Jamilah delante con un cubo vacío en las manos y expresión beligerante en el rostro. Y Salman se sintió centrado, y no a la deriva, por primera vez desde que había llegado allí.

Con el pelo recogido, sin maquillaje, vestida con camisa blanca, vaqueros y botas de montar, Jamilah aparentaba dieciocho años. Sus increíbles ojos azules brillaban como zafiros y tenía las mejillas sonrosadas. Era toda una belleza, en comparación con las mujeres que había intentado acaparar su atención durante los últimos días y Salman sintió asco al pensar en la que acababa de marcharse.

Se había prometido a sí mismo de que se desharía de todos sus invitados al haberse dado cuenta de que había sido un error llevarlos allí, pero, a juzgar por la expresión de Jamilah, ésta se le había adelantado.

–¿Cómo te atreves? –inquirió Jamilah enfadada–. ¿Cómo te atreves a volver aquí y a convertir este castillo en tu lugar de diversión particular? La pobre Hana está destrozada. Y además del

caos y la destrucción que has causado aquí, las constantes llegadas de amigos tuyos en helicóptero han estado asustando a los caballos.

Salman la miró de pies a cabeza. No parecía arrepentido, ni siquiera parecía borracho. La estaba escrutando con la mirada.

Se cruzó de brazos y le preguntó:

–¿No vas a darme ni un beso de bienvenida?

Jamilah dejó el cubo de agua en el suelo y le mantuvo la mirada a pesar de sentir ganas de huir.

–Es evidente que Merkazad te parece demasiado aburrido, pero te sugiero que, si quieres divertirte, te marches con tus amigos a B'harani, hacia donde ellos van ya en autobús.

Por un segundo, a Jamilah le pareció ver sonreír a Salman, pero sólo por un segundo. Y ella sintió todavía más ganas de huir. Se dio la media vuelta con la intención de salir de la habitación, pero él la agarró e hizo que volviese a mirarlo.

–¿Adónde crees que vas?

–¿Qué…?

Salman sabía que debía dejarla marchar. Se había dicho a sí mismo que no debía perseguirla, pero después de verla, tan guapa, con aquel cuerpo curvilíneo, supo que no iba a poder resistirse.

Salman arqueó una ceja.

–Ya te he dicho que quiero que me saludes civilizadamente.

Jamilah lo fulminó con la mirada y se maldijo por haber ido allí.

–¿Para qué molestarme en saludar a alguien que ni siquiera es capaz de tratar su propia casa y a sus empleados con respeto?

Los ojos de Salman también brillaron.

–Exacto. Ésta es mi casa, y a ti te vendría bien recordarlo.

–¿Quieres que recuerde cuál es mi lugar? ¿A eso te refieres, Salman? Hace mucho tiempo que no hace falta que nadie me recuerde que no formo parte de tu familia.

Intentó zafarse de él, pero la estaba agarrando con demasiada fuerza, Salman la colocó justo delante de él y la miró a los ojos. Por supuesto que no era un miembro de su familia. A pesar de que Nadim la apreciaba mucho y de que sus padres la habían protegido, Jamilah siempre había sabido cuál era su lugar. Entonces, ¿por qué lo estaba provocando en esos momentos?

–Sabes muy bien que no es eso lo que quería decir. Lo cierto es

que ésta es mi casa y puedo hacer lo que desee en ella. Como jeque en funciones, no tengo que darle explicaciones a nadie.

Jamilah levantó la barbilla y respondió:

–Me tendrás que dar explicaciones a mí. Tal vez yo no sea jeque, pero aquí todo el mundo sabe quién está al mando, y ése no eres tú. Antes tienes que ganarte el respeto de la gente. Y yo no voy a quedarme de brazos cruzados, viendo como profanas el hogar de Nadim e Iseult.

Antes de que a Jamilah le diese tiempo a cuestionarse por qué tenía tantas ganas de provocarlo, sintió que estaban demasiado cerca y que, de repente, el olor único e intenso de Salman estaba embriagándola.

–Como he dicho –comentó él en tono glacial–, ésta es mi casa tanto como la de Nadim, e invitaré a ella a quien quiera, cuando quiera.

Incapaz de articular una respuesta y aturdida por la proximidad de Salman, Jamilah intentó de nuevo zafarse de él.

Pero sólo consiguió que Salman la apoyase contra su duro pecho y entonces Jamilah lo oyó jurar entre dientes. De repente, la estaba abrazando por debajo de los pechos y la estaba llevando hacia el cuarto de baño. Ella pataleó, pero fue inútil. Estaba pegada a su cuerpo fuerte y mojado. Y era culpa suya.

No le dio tiempo a protestar antes de llegar al baño. Salman la sujetó con un brazo mientras abría la ducha. Jamilah intentó soltarse, pero no pudo. El brazo de Salman era como una barra de acero y ella notó cómo se le deshacía la coleta.

El baño estaba empezando a llenarse de vaho cuando por fin consiguió preguntarle:

–¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Suéltame ahora mismo!

Un segundo después, Salman se puso debajo de la ducha con ella a su lado y le contestó:

–Te estoy tratando como me has tratado tú a mí, Su Excelencia.

Capítulo 3

La ira que Salman había notado crecer en su interior unos segundos antes ya estaba disminuyendo y sabía que tenía más que ver con el efecto que aquella mujer tenía en él que con su beligerancia y enfado. Y, en esos momentos, sólo podía ver a Jamilah, con la ropa empapada y pegada a su increíble cuerpo.

Ella había dado un grito ahogado y había pegado la espalda contra la pared. El agua le corría por la cabeza, por la cara y los ojos. Salman le puso la mano en el abdomen para sujetarla.

Jamilah vio brillar sus ojos a través del vapor, su pelo pegado a la cabeza, el agua corriendo por su poderoso pecho. Intentó quitarle la mano de su cuerpo, pero él la apartó y le dijo muy serio:

–No vas a ir a ninguna parte.

Ella se sintió humillada al saber que la ropa se le pegaba el cuerpo. Como si le hubiese leído el pensamiento, Salman bajó la vista y ella notó cómo respondían sus pechos y se le erguían los pezones. Salman la miró con deseo y ella, por desgracia, sintió calor.

Intentó salir de allí, pero Salman se acercó más y la agarró de las manos y se las puso encima de la cabeza. Jamilah luchó contra él, sintiéndose vulnerable, en realidad, estaba luchando contra el calor de su propio cuerpo. Dejó de moverse cuando Salman apoyó las caderas contra las suyas.

–Déjame marchar –le dijo.

Deseó darle un rodillazo entre las piernas, pero él volvió a leerle el pensamiento y la inmovilizó metiendo una de ellas entre sus muslos.

–No, no…

Y la sensación que tuvo ella al notarlo allí la dejó sin habla. Él le sujetó ambas manos con una sola y, con la otra, la agarró de la mandíbula para levantarle el rostro y hacer que lo mirase. Ella apretó los dientes e intentó girar la cara, pero no pudo.

Salman le sonrió. Era la sonrisa de un peligroso depredador.

–¿Ni siquiera te alegras un poco de verme?

Ella le escupió.

–Eres la última persona que me alegraría ver, Salman al Saqr.

Él sacudió la cabeza.

–¿Todavía tienes esos sentimientos tan fuertes a flor de piel, Jamilah?

Ella se sintió horrorizada. Tenía que protegerse. Obligó a su cuerpo a relajarse e intentó comportarse con la misma frialdad que él. Incluso le sonrió con dulzura.

–De eso nada. No siento nada por ti, Salman. Jamás lo he sentido. Lo que viste en París fue el afecto transitorio y equivocado que se siente por el primer amante. Nada más. No significas nada para mí. Sólo estoy enfadada porque has faltado al respeto a tu hermano y a tu cuñada, a los que aprecio mucho. Has causado el caos en el castillo y me niego a quedarme sin hacer nada al respecto.

Salman la miró con los ojos brillantes. Apretó la mandíbula. A ella le costó seguir con el cuerpo relajado al notar que él le clavaba más las caderas y frotaba contra su cuerpo la erección. Jamilah sintió una ola de calor.

–Eres un animal.

–En eso estoy de acuerdo. En estos momentos, me siento como un animal –admitió en tono provocador.

Luego le agarró con más fuerza la mandíbula y le devoró los labios sin darle tiempo a respirar. Sus cuerpos se tocaron, pecho con pecho, cadera con cadera, y Jamilah se excitó todavía más.

Deseó arrancar la ropa mojada de su cuerpo y apretarlo más contra el de Salman, sentir su piel mojada. Recordó otra ducha, en otro momento y en otro lugar. Él la había levantado y le había pedido que lo abrazase con las piernas por la cintura y luego la había penetrado.

Jamilah se enfadó con su reacción y con el vívido recuerdo que había hecho que le devolviese el beso, primero de manera desafiante y, después, apasionada. Luchó con más fuerzas que nunca por no responder, por no dejarse llevar y por no olvidar dónde estaba y lo que Salman le había hecho anteriormente.

Y aprovechó la oportunidad cuando él levantó la cara un instante. Con un movimiento brusco, salió de debajo de él y de la ducha, mojando todo el suelo de agua, con piernas temblorosas.

Salman se giró muy despacio debajo del chorro de agua y la miró. Luego se llevó la mano al botón de los pantalones y le dijo:

–Voy a ponerme más cómodo, ¿por qué no haces lo mismo tú y

luego vienes aquí?

Ella negó con la cabeza. Se sentía como si tuviese fuego corriéndole por las venas.

–No iría contigo ni aunque fueses el único hombre de la Tierra y el futuro de la civilización dependiese de nosotros.

Salman sonrió y se bajó la cremallera. Jamilah vio la línea de bello que bajaba por su vientre y supo que estaba a punto de dejarse llevar por la ola de calor. No sabía por qué no podía moverse de allí.

Entonces, Salman le dijo:

–¿No crees que tendríamos unos hijos preciosos?

Y ella hizo un sonido raro. Estaba tan enfadada que quería llorar, o abofetear a Salman, que la miraba de manera burlona. Y, al mismo tiempo, deseó estar embarazada de aquel hombre. Y eso hizo que aumentase su dolor, porque había sabido lo que era estar embarazada de él durante unos días, antes de que la naturaleza hubiese seguido su trágico curso. Todavía podía experimentar aquel dolor desgarrador, el intenso sentimiento de pérdida, y él jamás se enteraría.

Seguía burlándose de ella, jugando, quitándose los vaqueros mojados, ajeno a la implosión nuclear que estaba sintiendo Jamilah, que decidió apartar la vista y tomar una toalla. Salió del baño con piernas temblorosas y lo oyó decir con suavidad:

–Cobarde.

Salman se quedó en la ducha después de que Jamilah se hubiese marchado, con las manos apoyadas en la pared y la cabeza agachada entre ellas. Unos minutos antes, la había tenido allí, cautiva. Empapada y más sexy que nunca. Puso el agua fría y pensó que tal vez fuese la primera vez desde su adolescencia que iba a tener que darse placer él solo con el fin de recuperar la cordura. Aunque, en el fondo, sabía que su cordura se había marchado con Jamilah.

Su cuerpo siguió sin responder a pesar del agua fría y él resistió las ganas de aliviarse solo. Independientemente de su pasado, y de su maldita historia, una cosa estaba clara: Jamilah iba a volver a su cama hasta que se saciase de ella. Hasta que ambos estuviesen

saciados. Porque el deseo era mutuo, explosivo y estaba pendiente de satisfacer. Y él no podría sobrevivir un mes allí sin hacerla suya. Se volvería loco.

De repente, dejó de preocuparle el bienestar emocional de Jamilah y el estado de su alma. Su manera de actuar lo había dejado tranquilo. Ya no era una muchacha virgen, tímida e idealista. Y todo gracias a él.

Por un segundo, su mente le reprochó haberle hecho aquello. Antes de acostarse con ella, no había imaginado que sería virgen y le había sorprendido mucho averiguarlo al notar cierta tensión dentro de su cuerpo y ver una expresión de dolor en su rostro. Luego Jamilah había empezado a gemir y a rogarle que continuase y él, que era humano, no había sido capaz de parar.

Apretó los labios. Jamilah le había dicho que después de él había tenido muchos otros amantes y que lo que había sentido por él en París había sido sólo lo que se siente por el primer amante. Salman pensó que debía sentirse reconfortado con la idea, pero no fue así.

Cerró el grifo y salió de la ducha. Se secó y se juró en silencio que, si se estaba condenando al infierno por querer tener a Jamilah en su cama, ella iría con él.

Buscó ropa limpia e hizo un esfuerzo por no pensar más en aquello. Tenía cosas que hacer. Para empezar, asegurarse de que todos sus invitados se habían marchado. Por primera vez en muchos años, vivir a través de las personas que lo rodeaban, ver cómo perdían el sentido de sí mismas y envidiarlas por ser capaces de llegar a su nirvana, no le había funcionado para tapar su propia realidad.

–Le he pedido disculpas a Hana, y a Hisham.

Jamilah se armó de valor antes de girarse. Estaba deshaciendo la maleta en una de las habitaciones de invitados. No había querido que Salman se enterase de que había cedido a las súplicas de Hana y del ayudante el jefe de Nadim y se había mudado al castillo. Respiró hondo y se giró por fin para ver a Salman vestido con pantalones oscuros y camisa blanca, apoyado con despreocupación contra el marco de la puerta.

–Ya lo sé –le respondió ella con voz tensa, intentando ignorar la respuesta de su traicionero cuerpo.

Deseó no ir vestida con su uniforme habitual, consistente en camisa y vaqueros. Había tenido un día muy largo después de la atropellada mañana y estaba agotada.

Hana había ido a verla, ruborizada, para contarle que Salman se había disculpado, aparentemente, de todo corazón.

–Entonces… –comentó éste–. ¿Te han mandado a vigilarme? ¿Me vas a regañar por haberme portado mal?

Jamilah se dio cuenta por el tono de su voz que Salman no estaba acostumbrado a pedir perdón por sus actos. Y no le pareció que estuviese arrepentido.

Lo miró a los ojos y deseó poder mirar a otra parte. Salman tenía la habilidad única de hacer aflorar sus emociones más profundas. Siempre había sido así.

–Me ha pedido que venga y me quede aquí –contestó en tono helado–. Eso es todo. Como Nadim e Iseult no están, hay muchas cosas de las que ocuparse y es evidente que a ti no te interesa asumir esa responsabilidad.

Los ojos de Salman brillaron al oír aquello, pero fue sólo un instante y Jamilah se preguntó por qué se sentía mal.

Salman hizo una mueca.

–¿Qué quieres? ¿Que no mantenga mi reputación de hermano malo?

Jamilah apretó los labios.

–Eso es –le contestó. Y no pudo evitar expresar su curiosidad preguntándole–: ¿Por qué has venido a casa?

A él volvieron a brillarle los ojos de manera peligrosa.

–Te lo diré si cenas conmigo esta noche.

Estaba coqueteando con ella.

A Jamilah se le hizo un nudo en el estómago.

–Que tus odiosos amigos se hayan marchado no quiere decir que puedas entretenerte conmigo.

Luego fue hacia la puerta y empezó a cerrarla sin importarle que él estuviese en medio. Afortunadamente, Salman retrocedió, pero justo antes de que la puerta se cerrase, la paró con una mano y le dijo:

–Voy a estar aquí un par de semanas, Jamilah… No vas a poder

evitarme eternamente. En especial, ahora que vamos a vivir bajo el mismo techo.

Ella resopló.

–En este castillo cabe un ejército entero. No tendremos que esforzarnos en no vernos, Salman. Y, créeme, yo no tengo la intención de buscarte. Ahora, si me perdonas, he tenido un día muy largo. Estoy cansada y quiero irme a la cama.

Él no le dejó cerrar la puerta y lo fulminó con la mirada. Intentó no fijarse en que se había afeitado y su cara parecía muy suave. Olía a limpio, a hombre, a pesar de ser uno de los pocos hombres que había conocido que no utilizaba perfume.

–Esto no se ha terminado, Jamilah, ni mucho menos.

Ella sintió miedo. Sabía que no podría oponerse si Salman se empeñaba en seducirla, aunque fuese sólo porque estaba aburrido.

–Hace mucho tiempo que se terminó, Salman, y cuanto antes lo aceptes, mejor. Además, no me importa que ésta sea tu casa y que tú mandes en ella. Mantente alejado de mí.

Un rato después, en el balcón de su habitación, Salman se dio cuenta de que tenía un nudo en el vientre. La vista de Merkazad de noche se extendía debajo de él. Era una ciudad pequeña, pero bonita, llena de minaretes iluminados y edificios antiguos mezclados con otros nuevos. De niño, antes de la invasión rebelde, le había encantado observarla de noche y soñar despierto todo tipo de aventuras, pero después de haber estado encarcelado se había convertido en una prisión de la que tenía que escapar, a cualquier precio…

Esperó a sentir náuseas, pero no llegaron. En su lugar, estaba sospechosamente tranquilo. Como si aquellas vistas ya no le pareciesen amenazadoras. Sólo podía pensar en Jamilah y en cómo acababa de verla, con el pelo suelto sobre los hombros. Se le volvió a cerrar el estómago. La había visto cansada, con ojeras. Y su vulnerabilidad había hecho que desease abrazarla y llevársela muy lejos de allí, hacia la noche estrellada, y tumbarla debajo de él. Corrigió su impulso. Sólo la deseaba. No quería protegerla.

Aunque sí lo había querido en el pasado… Cuando él tenía doce años y ella sólo seis. Podía recordarla delante de la tumba de

sus padres como si hubiese sido el día anterior. Tan quieta, tan estoica. En ese momento había sentido con ella una afinidad que jamás había sentido con nadie más.

La tierra se movió bajo sus pies al tener que reconocer que tal vez Jamilah fuese la clave de aquella extraña sensación de serenidad. La idea lo inquietó todavía más que las vistas.

Dos noches después, tumbada en la cama sin poder dormir, Jamilah tuvo que admitir que probablemente se sentiría mejor si estuviese viendo a Salman todos los días. Tal vez así se haría inmune a su presencia. Una voz se burló de ella en su interior. Cualquier cosa antes que sentirse así, con una continua sensación de incómodo calor. No se concentraba en el trabajo, se sobresaltaba por cualquier ruido. Se pasaba el día hecha un mar de nervios.

Había oído hablar y especular a la gente acerca de él, sobre todo, a las chicas jóvenes que trabajaban en los establos.

Las había oído preguntarse si era cierto que era todavía más rico que el jeque Nadim. Las había oído decir que era el hombre más guapo que habían visto. Y extrañarse de que no fuese nunca a los establos.

Ante aquel último comentario, el ayudante en jefe, un hombre llamado Abdul, había contestado bruscamente:

–Es el jeque. Puede hacer lo que desee. Ahora, volved al trabajo.

Y Jamilah lo había mirado sorprendida. Abdul era el hombre más afable que conocía, y llevaba trabajando en los establos más tiempo que nadie. No solía contestar a nadie. Cuando las chicas se habían marchado, él había ido a disculparse con ella, avergonzado y colorado. Ella le había dicho que no era necesario, a pesar de sentir curiosidad al verlo defender a Salman con tanta efusividad. ¿Por qué?

Frustrada y enfadada por no poder evitar pensar en Salman, Jamilah se destapó y salió de la cama. Se desnudó y fue derecha a la ducha, donde estuvo bajo el chorro de agua fría hasta que empezaron a castañetearle los dientes, como para entumecer cualquier sentimiento.

–Hoy vas a cenar conmigo –le dijo Salman en tono autoritario.

Si se hubiese tratado de Nadim, Jamilah le habría contestado que sí inmediatamente, pero era Salman, y eso hizo que agarrase el teléfono con fuerza y le preguntase:

–¿Por qué?

Él suspiró y a ella le picó la piel.

–Porque tenemos que hablar de varias cosas…

A Jamilah le dio un vuelco el corazón.

–No tengo nada de qué hablar contigo.

–Lo que me dijiste el otro día parece ser verdad. Por mucho que intento actuar como el jeque, todo el mundo me remite a ti.

–Te advertí que debías ganarte su respeto.

–Y hasta que ese día llegue, me temo que voy a necesitarte…

A Jamilah se le quedó la mente en blanco al oír aquello y tuvo que hacer un esfuerzo de concentración para continuar hablando.

–Tienes que cenar conmigo para hablar de ciertos temas oficiales. ¿O prefieres que moleste a Nadim y a su esposa mientras están disfrutando de la familia de ésta? –le preguntó él.

–No, claro que no –respondió ella de inmediato–. Termino de trabajar a las siete. Nos veremos a las ocho.

–Bien –le dijo Salman con voz ronca–. Estoy deseando verte, Jamilah.

Ella colgó el teléfono y se llevó las manos a las mejillas, que le ardían. Nerviosa, intentó no recordar los días que habían pasado juntos en París y se dijo a sí mismo que no volvería a ser tan tonta como para permitir que Salman se acercase a su vulnerable corazón.

No obstante, unas horas más tarde, sentada en la suite de Nadim, en la que Salman se había instalado, delante de una mesa para dos, Jamilah luchó por mantener la calma. Salman estaba enfrente, vestido con una camisa negra que le hacía parecer todavía más enigmático y peligroso. Ella le dio otro trago al delicioso vino tinto y maldijo al impulso que le había hecho ponerse un vestido negro y tacones. Y haberse dejado el pelo suelto. Y haberse maquillado un poco. Se dijo a sí misma que era sólo una armadura, y que iba a necesitarla.

Salman dejó su tenedor y su cuchillo y apoyó la espalda en la silla mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

–Veo que no bebes… –comentó ella, sonriendo con dulzura–. ¿Todavía te estás recuperando de la semana pasada? Dicen que, con la edad, es más difícil hacerlo.

–Yo no bebo nunca –respondió él con brusquedad.

Jamilah frunció el ceño y todo el cuerpo de Salman se puso en tensión. Si hubiese sabido lo excitado que estaba en esos momentos, habría salido corriendo. Estaba excitado desde que Hisham la había hecho entrar y la había visto con aquel vestido, y no con vaqueros y botas de montar.

No era un vestido sexy, pero se ceñía a sus suaves curvas de una forma muy tentadora. Y Salman sólo podía pensar en arrancárselo.

Se obligó a sonreír e intentó calmar su libido.

–Ni tampoco tomo drogas –añadió.

Jamilah recordó lo sobrio que le había parecido estar la mañana en que había echado a sus invitados del castillo. No obstante, sacudió la cabeza, no lo entendía.

–Entonces, ¿cómo soportabas a aquella gente? ¿Cómo pudiste invitarlos y dejar que se emborrachasen de esa manera?

Salman sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

–¿Qué quieres que te diga? Me siento atraído por su hedonismo. Su falta de compromiso me resulta fascinante.

Jamilah pensó de repente que envidiaba a aquella gente, y luchó contra su creciente curiosidad, pero comentó en tono cáustico:

–Me cuesta creerlo. No me parece posible estar cerca de ese mundo sin estar loco.

–Pues lo creas o no, sólo me he emborrachado una vez –le aseguró él, con los ojos todavía más negros.

Y ella recordó que nunca lo había visto beber en exceso cuando habían estado juntos.

Entonces, él le preguntó:

–¿Y tú, Jamilah? ¿Eres semejante dechado de virtudes que nunca te has excedido?

A Jamilah se le hizo un nudo en el estómago. Recordaba haber bebido y comido más de la cuenta con él en París. Casi

inconscientemente, apartó su copa medio llena de vino y respondió:

–No soy ningún dechado de virtudes, Salman, pero, no, no tengo la necesidad de ver la vida a través de un velo de alcohol y resacas.

Él sonrió de manera burlona.

–¿Te levantas todos los días siendo optimista acerca de tu vida y tu futuro?

Ella pensó que antes sí había sido así, pero de eso hacía tanto tiempo que casi ni se acordaba. No podía negar que se despertaba con una sensación de pérdida… de vacío. Salman no sabía que la pérdida del bebé hacía que tuviese miedo a no quedarse embarazada nunca más. Nadie sabía lo que había sufrido. Y no iba a contárselo a él en esos momentos.

Por mucho que odiase admitirlo, el amor que Nadim e Iseult compartían había hecho que se sintiese todavía más sola.

Se limpió la boca con la servilleta y se puso muy recta. Luego se miró el reloj, aunque ni siquiera vio qué hora era.

–¿De qué querías hablarme, Salman? Me levanto muy temprano. Tenemos tres potros nuevos y hay que trabajar con ellos.

Entonces lo miró y vio que el color de su piel se había vuelto cetrino. Instintivamente, se inclinó hacia él.

–¿Salman?

Pero él se recuperó de repente. Se levantó y fue hacia un mueble, de donde tomó unos papeles. Jamilah intentó no estudiar su trasero y odió sentir que perdía el control.

Él le dejó unos documentos delante y se quedó de pie a su lado, con las manos en los bolsillos, haciendo que ella se sintiese en desventaja. Los papeles eran una serie de comunicados de prensa acerca de varias reuniones de jefes de estado de Oriente Medio, que tendrían lugar en París a finales de esa semana para tratar la crisis financiera mundial.

Jamilah lo miró.

–¿Y? ¿Qué pasa?

–Tengo que ir a París en lugar de Nadim.

–Bueno, pues que tengas buen viaje. Intentaré no echarte mucho de menos –le respondió ella, poniéndose en pie.

Entonces se dio cuenta de que él no había retrocedido y que casi se estaban tocando. Jamilah se apartó, presa del pánico, pero el

tacón se le enganchó en la alfombra y notó que se caía hacia atrás. Dos manos grandes la sujetaron por la cintura. Ella respiró con dificultad y miró a Salman a los ojos.

Él la agarró con más fuerza y le dijo en tono inquietante:

–Vas a venir a París conmigo.

Capítulo 4

Jamilah tardó un par de segundos en entenderlo y luego, intentó zafarse de Salman, que la estaba agarrando por los brazos.

–No –consiguió responderle.

La idea de ir con aquel hombre a cualquier parte, sobre todo a París, la horrorizaba. Él no la soltó y Jamilah dejó de pelear. No merecía la pena.

–Me necesitan aquí –le dijo.

Aliviada, vio cómo Salman la soltaba y aprovechó para retroceder.

Él levantó otra hoja de papel y se la enseñó: –Creo que vas a encontrar una copia también en tu despacho.

Jamilah la tomó y la leyó, vio que la nota estaba escrita por Nadim.

Jamilah debe acompañarte. Habrá gente muy importante, de los establos más grandes de Dubai, y ya he quedado en que se va a reunir con ellos. Por desgracia, la reunión de París coincide con la venta anual de potros de carreras de Irlanda, si no fuese así, acudiría yo mismo…

Jamilah levantó la vista y dejó el papel encima de la mesa para que Salman no se diese cuenta de que le temblaba la mano. ¿Cómo podía hacerle Nadim algo así? Sabía la respuesta: porque se había esforzado en hacerles creer que no les importaba que Salman fuese a estar en Merkazad.

Miró a Salman sorprendida, y entonces se le ocurrió otra cosa.

–Pero si vas tú, será un desastre. ¿Tienes planeado ir a las reuniones? –le preguntó, y antes de que él contestase, añadió–: ¿Sabes el daño que le causarías a Merkazad si insultases a otro jefe de estado o algo así?

Y entonces vio en el rostro de Salman algo impensable. Era como si le hubiese herido el orgullo. Lo vio apretar la mandíbula y sonreír de forma muy dura.

–Por eso precisamente debes venir conmigo. No quieres que nadie estropee la reputación de Merkazad, ¿verdad?

Se estaba burlando de ella. Jamilah lo sabía. Y sabía que se lo

merecía. A pesar de no creer que se le debiese de dar tanta responsabilidad a Salman. Al fin y al cabo, aquel hombre había dejado que todo el peso del país recayese sobre los hombros de su hermano. Incluso de adolescentes, cuando habían pasado allí las vacaciones, Salman se había escaqueado siempre de las lecciones de derecho que Nadim había tenido que soportar para preparase. Y aun así, por motivos que ella desconocía, Nadim nunca se lo había reprochado.

La tensión entre los dos hermanos siempre había sido palpable, y Jamilah era consciente de que aquélla era la primera vez que Salman aparecía más tranquilo. Y ella no quería ser quien lo estropease.

Así que tomó una decisión y se dijo a sí misma que lo hacía por Nadim y nada más.

–De acuerdo –le contestó con indiferencia, como si aquello no le costase nada–. Iré a París.

Él la miró a los ojos tan intensamente que Jamilah empezó a sentir calor. Quería pedirle que dejase de mirarla así, pero si lo hacía, descubriría el efecto que seguía teniendo en ella.

Salman sonrió y el mundo de Jamilah se tambaleó.

–Bien. Puedes quedarte conmigo.

Jamilah se tambaleó al darse la vuelta para marcharse. Volvió a mirarlo.

–Pero… seguro que quieres quedarte en tu apartamento. Yo me alojaré en un hotel.

Salman sacudió la cabeza.

–Vendí el apartamento hace años. He estado viviendo en una suite en el Ritz. Tengo una habitación libre. Puedes quedarte allí.

Ella sintió pánico.

–Puedo buscarme mi propio alojamiento –le replicó.

Salman hizo un ademán para quitarle importancia a su sugerencia.

–No seas tonta. Las reuniones tendrán lugar en la sala de conferencias del Ritz, así que alojarse allí es lo más práctico.

Jamilah bajó del avión y respiró el aire frío del mes de noviembre en París. Se sentía asfixiada, después de haber viajado en un pequeño jet privado con Salman durante varias horas, aunque éste la había sorprendido sumergiéndose en un montón de

documentos. Ella había esperado que la torturase durante todo el vuelo, pero lo mismo le habría dado ser invisible.

Para su pesar, no se sentía aliviada ni… bien.

Salman la empujó con suavidad por la espalda.

–¿Vas a quedarte ahí todo el día?

Ella bajó las escaleras deprisa y se acercó al coche que los estaba esperando. Oyó a Salman saludar al chófer por su nombre y dio por hecho que era su conductor personal. Unos minutos más tarde estaban metidos en el tráfico, en dirección al centro de París.

Jamilah se emocionó a pesar de intentar no hacerlo. No había vuelto a París desde aquella fatídica ocasión. Había estado en los establos que Nadim tenía a las afueras, pero no en el centro. Y allí estaba en esos momentos, con Salman.

Salman no pudo evitar sentir la presencia de Jamilah, que miraba por la ventanilla. Él estudió su exquisito perfil. Las largas pestañas. Se había recogido el pelo en un moño y con aquel abrigo largo y oscuro podría haber sido una de las mujeres más bellas de la ciudad. Se le hizo un nudo en el pecho. Era mucho más bella que ninguna.

En el avión, había tenido que concentrarse en el trabajo para no ceder al impulso de hacerla suya allí mismo. Y luego, para su sorpresa, al empezar a leer acerca de los temas que se iban a tratar en la reunión, se había sentido cada vez más interesado por ellos. Por primera vez en su vida se sintió como el amo y señor de Merkazad. Y aquella sensación de vulnerabilidad hizo que la piel le picase.

Jamilah se giró y le preguntó con voz ronca: –¿Por qué vendiste el apartamento?

«Porque no podía soportar vivir en él día tras día», pensó Salman inmediatamente.

Jamilah vio cómo algo enigmático se encendía en sus ojos y se le contrajo el pecho, pero luego se le pasó. Él apartó la vista y se encogió de hombros.

–Me cansé de él. No estaba seguro de lo que quería en su lugar, así que me trasladé al Ritz y he estado allí desde entonces.

–¿No es un poco… impersonal vivir en un hotel?

Salman volvió a mirarla y sonrió con malicia.

–A mí me conviene. Se ajusta a mis necesidades.

Jamilah se ruborizó al oír aquello y volvió a apartar la vista. Se dijo que ninguna mujer a la que llevase a la habitación de un hotel soñaría con que su relación fuese algo más que algo transitorio.

De repente enfadada, volvió a mirarlo y se dio cuenta de que Salman la estaba observando.

–Me das lástima, ¿sabes? Has cortado todos los lazos con tu propio país, vives en una habitación de hotel, ni siquiera tienes relación con tu hermano…

Jamilah dejó de hablar cuando Salman salvó el espacio que los separaba de repente y le agarró la cara con ambas manos. Ella notó que le costaba respirar, se le había acelerado el corazón.

–No necesito la compasión de nadie, Jamilah, y mucho menos la tuya. He tomado mis decisiones y, si volviese a hacerlo, no cambiaría nada.

Y ella sintió tanto dolor que dio un grito ahogado, pero todo se vio eclipsado cuando Salman la besó. Jamilah era un cúmulo de emociones: ira mezclada con deseo y una inexplicable ternura. Lo agarró por la solapa del abrigo y lo acercó más a ella, besándolo con la misma pasión con la que la estaba besando él. El fuego creció cada vez más en su interior.

Salman hizo un sonido gutural que resonó dentro de ella y la abrazó por la espalda para apretarla contra su cuerpo. Jamilah enterró las manos en su sedoso pelo. En ese momento, lo habría dejado todo por aquello. Por aquella locura que la distraía del dolor. De un dolor siempre presente. Causado por aquel hombre.

La idea hizo que se apartase en el mismo momento en que lo hizo Salman. Ella estaba casi tumbada en la parte trasera de su coche, con él encima. Notó su erección en el muslo y sintió calor entre las piernas. Se sintió despeinada, deshecha y, sobre todo, desprotegida.

Salman levantó la cabeza. Tenía las mejillas sonrojadas y eso tranquilizó a Jamilah, que no podía hablar.

Fue Salman el primero en hacerlo:

–Ya te he dicho que no quiero tu compasión, pero sí te quiero a ti. Y tú también me deseas a mí, Jamilah. No ha cambiado nada. Nos deseamos tanto como la primera vez.

Ella abrió la boca para negarlo, pero Salman la cortó.

–No se te ocurra decirlo. No sabes mentir, Jamilah. Una de las

cosas que siempre he admirado en ti es tu sinceridad.

Ella cerró la boca y, haciendo un esfuerzo, salió de debajo de él, cerró las piernas y se tapó con el abrigo. Sabía que se había despeinado e intentó arreglarse el moño con manos temblorosas. Tenía los labios hinchados, le ardían las mejillas. Era inútil seguir negándolo.

–Tal vez te desee, Salman, pero eso no significa que vaya a entrar ahí. No sé si te acuerdas de que ya te deshiciste de mí una vez.

Él se sentó en la otra punta del coche, con las piernas estiradas.

–Jamás pretendí hacerte daño, Jamilah. Nunca debí haberte seducido.

Sorprendida, Jamilah se giró para mirarlo y le dijo en voz baja:

–Te he dicho que no me hiciste daño, Salman –le mintió–. ¿Por qué me dices eso?

Él la miró un instante y Jamilah vio algo indescifrable en sus ojos.

–No estaba preparado para dejarte marchar. Todavía te deseaba. Siempre lo he hecho. Pero tenía que dejarte ir… –le explicó, haciendo una mueca– cuando me dijiste que estabas enamorada de mí.

Salman volvió a ponerse la máscara, pero, por un instante, Jamilah creyó ver en su rostro una expresión atormentada. Él se giró para mirarla mejor y añadió:

–Pero ahora que ha pasado el tiempo, y teniendo en cuenta que me has asegurado que no te hice daño, ¿estás segura de que quieres seguir insistiendo en negar la atracción que existe entre nosotros? Al fin y al cabo, ¿qué tenemos que perder? Ambos somos adultos, tenemos experiencia…

Jamilah se había quedado de piedra. Intentó darle sentido a sus palabras al mismo tiempo que se aseguraba de que Salman no se daba cuenta de lo confundida que estaba. ¿Le había dicho que la había dejado marchar sólo porque estaba enamorada de él? ¿Pero que no había querido separarse de ella? Deseó poder estar en un lugar tranquilo donde asimilar sola la información… No obstante, eso no cambiaba mucho las cosas. Salman se había deshecho de ella porque no quería su amor…

Salman esperó su respuesta, tan impasible e implacable. Ella

sintió pánico e intentó mirarlo con frialdad.

–No me interesa seguir con esta conversación, por muy adultos que seamos. Estoy segura de que alguna de todas esas mujeres que han pasado por tu suite estará encantada de satisfacer tus necesidades. Yo no lo estoy.

Jamilah evitó su mirada mientras llegaban al hotel. Se sentía muy vulnerable. Aunque pensase que había dicho la última palabra, tenía la sensación de que Salman no iba a hacerle caso y sólo iba a esperar al momento adecuado para atacar.

El coche se detuvo delante de la entrada del hotel y Jamilah vio cómo el portero corría a abrirles la puerta.

–Hay mucho que decir acerca del deseo que hay entre nosotros, Jamilah. No voy a llamar a ninguna otra mujer porque no es eso lo que necesito –le dijo él–. Te necesito a ti… y tú sientes lo mismo. Te estaré esperando cuando estés dispuesta a admitirlo, porque tu cuerpo ya ha hablado por sí mismo.

Y entonces se abrió la puerta y ella se preparó para salir. Apartó la mano de la de Salman y dijo en tono cáustico:

–Sigue soñando, Salman.

Un rato después, Salman estaba observando la ornamentada puerta con la que acababan de darle en las narices. En ese momento oyó cómo echaban la llave y sonrió con tristeza antes de darse la media vuelta y echar a andar hacia la parte principal de su enorme suite. Ésta estaba formada por dos dormitorios, un salón comedor y un despacho muy moderno, con toda clase de aparatos de última tecnología.

Todo su cuerpo se sentía sexualmente frustrado. Jamás se había sentido tan mal. Estaba acostumbrado a tener sus necesidades cubiertas y, por primera vez, tenía que enfrentarse a la posibilidad de haber ido a dar con la horma de su zapato.

Con aquello en mente e intentando acallar a su conciencia, porque una vez más estaba ignorando la vulnerabilidad de Jamilah, notó cómo se iba calmando y entró en el despacho dispuesto a ponerse a trabajar.

A la mañana siguiente Jamilah estaba cansada y ojerosa después de haber pasado una mala noche. Había pasado horas dando vueltas en la lujosa cama y al final había recurrido a otra ducha de agua fría. Cerrar su puerta con llave la noche anterior no le había servido de nada, ya que Salman había conseguido penetrar igualmente en su mente.

Entró en el opulento salón sintiéndose agotada. Se había vestido con una falda gris y una chaqueta a juego, camisa blanca abrochada hasta arriba y zapatos de tacón negros. Y se había recogido el pelo en una coleta.

Pero no se había preparado para ver a Salman delante de la ventana principal, vestido de pies a cabeza con el traje tradicional de su país, en tonos crema y oro, e incluso con turbante. Estaba devastador e intimidante.

Él se giró y arqueó una ceja al ver su expresión de sorpresa.

–¿Qué? Soy capaz de hacer el papel si quiero hacerlo, Jamilah.

Ella hizo un esfuerzo por guardar la compostura. No podía creer que ver así vestido a Salman por primera vez en muchos años la estuviese afectando tanto, pero así era. La estaba trasportando directamente a una época en la que habían sido los dos mucho más jóvenes y tanto Nadim como Salman habían envejecido antes de tiempo en el funeral de sus padres. Una profunda melancolía la asaltó y ella intentó contener la emoción, aterrada con la idea de que Salman la viera.

Así que levantó la barbilla y le dijo:

–Es increíble, lo majestuoso que puede hacerte un traje.

–¿Teniendo en cuenta que yo no soy nada majestuoso? –inquirió él, llevándose una mano al pecho y sonriendo burlonamente–. Me hieres con tu condena, Jamilah. Veo que jamás voy a poder redimirme ante tus ojos, ¿verdad?

–Yo no estoy aquí para salvarte, Salman.

Las palabras de Jamilah le calaron muy hondo y llegaron a una parte vulnerable de él. Así que tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la expresión fría mientras se acercaba a ella.

–Y yo no busco que nadie me salve ni me absuelva. Busco algo mucho más… mundano e inmediato. Jamilah retrocedió un paso y replicó:

–Voy a desayunar abajo. Nos veremos en la primera de las

reuniones.

Se giró y echó a andar apresuradamente, pero oyó que él le decía:

–Corre todo lo que quieras. Así la capitulación final será mucho más dulce.

Ella dio un portazo al salir, causando un ruido hueco y vacío.

Después de toda una mañana de intensas reuniones, en las que Jamilah se había quedado en un segundo plano, estaba impactada al ver a Salman tan autoritario e informado. Al parecer, no sólo la había sorprendido a ella.

Nadim no lo habría hecho mejor y, de hecho, Salman había hecho algunas sugerencias muy audaces, a las que el cauto Nadim jamás se habría atrevido.

Era la hora de comer y Jamilah intentó escapar para buscar alguna cafetería cercana al hotel donde descansar un poco, y dio un grito ahogado al notar que una mano mucho más grande que la suya la agarraba. Sintió un cosquilleo por todo el brazo y supo que se trataba de Salman.

–Me voy a comer. Sola –murmuró ella.

Salman tiró de su mano y la corrigió:

–Nos vamos a comer.

–Tú tienes que comer con los otros delegados –replicó Jamilah desesperada.

Salman siguió tirando de ella.

–A estas alturas ya deberías saber que, en general, no acepto órdenes.

Y ella supo que no iba a soltarla, así que lo siguió, avergonzada al ver que pasaban por delante de personas a las que conocía. Una de ellas era el asesor del sultán de Al-Omar, al que había dejado plantado en aquella fiesta un año antes.

Se dio cuenta de que iban hacia los jardines traseros del hotel. Un empleado le hizo una reverencia a Salman y le abrió la puerta, y salieron a la calle. Hacía un día soleado de noviembre y la temperatura todavía era buena.

Salman la condujo por un camino que atravesaba unas extensiones de césped inmaculadamente cortado hasta que vio un

bonito cenador, con una mesa para dos y cubiertos de plata. Su estómago rugió y ella se ruborizó.

Dentro del cenador, un camarero se inclinó para saludarlos y los ayudó a sentarse. Divertida, Jamilah dejó que le pusiese la servilleta de un blanco impoluto y escuchó mientras les explicaba las especialidades de la casa.

Jamilah escogió todavía en estado de shock y oyó que Salman decía:

–Yo tomaré lo mismo.

Antes de marcharse, el camarero le sirvió champán a ella y agua con gas a Salman. Cerca cantaba un pájaro. El débil ruido del tráfico entraba a través del denso follaje de los matorrales que creaban enormes muros. El cenador estaba cubierto por fragantes flores, estaba aislado y era idílico.

Jamilah recobró por fin la cordura, dejó su servilleta en la mesa y se levantó.

–No sé qué estás tramando, Salman, pero como te dije ayer, deberías tirar de tu agenda de contactos para esto. Conmigo estás perdiendo el tiempo.

Salman puso cara de aburrimiento, pero sintió pánico al ver que se levantaba. Había sabido que tendría que hacer aquello bien si no quería que Jamilah se marchase.

–Es sólo una comida. Pensé que sería agradable estar fuera… No tenía ni idea de que montarían este espectáculo.

Jamilah dudó. Era cierto que había fuera una zona para cenar, tal vez Salman hubiese esperado que los sentasen allí. Tal vez ella fuese demasiado ingenua. Era la primera vez que lo veía hacer algo tan extravagante delante de ella…

Lo miró con recelo.

–¿De verdad pensabas que íbamos a comer en otra parte?

Él asintió y puso gesto inocente. A regañadientes, Jamilah volvió a sentarse y tomó su servilleta. Era sólo una comida. Aunque en el lugar más bonito en el que había comido nunca. Tal vez hubiese exagerado con su reacción. Y si exageraba, Salman la tendría en la palma de la mano.

Fingió indiferencia.

–De acuerdo. De todos modos, no tenemos mucho tiempo para comer –comentó, mirándose el reloj–. Tenemos que volver en

cuarenta y cinco minutos.

El camarero volvió en ese momento con los entrantes. Ella esperó antes de empezar a comer, de repente le había entrado la timidez.

–Bueno, ¿no vas a comer? –le preguntó entonces Salman–. Debes de estar muerta de hambre…

Y ella cedió. Casi no había desayunado esa mañana y los nervios le habían cortado el apetito en los últimos días.

Así que, a pesar de estar con Salman, limpió el plato de espárragos que le habían puesto.

Salman estaba con la espalda apoyada en la silla, observándola, y ella notó calor en las mejillas e intentó disimular limpiándose los labios con la servilleta. El champán se le estaba subiendo y estaba empezando a sentirse demasiado susceptible a aquel… idilio. Y a la devastadora presencia de Salman.

–¿Así que ahora llevas los establos para Nadim? No está mal, para haber sido la chica que solía limpiar los caballos.

Jamilah sonrió.

–Sigo limpiándolos, Salman. En los establos no nos andamos con ceremonias.

Él inclinó la cabeza y añadió pensativo:

–Seguro que eres una buena jefa, dura, pero justa. Y está claro que Nadim valora tu opinión, ya que te permite negociar en su nombre.

Jamilah se sintió bien. Desde que había terminado sus estudios de veterinaria en París, siempre había soñado con dirigir los mundialmente famosos establos de Merkazad, y era toda una proeza estar haciéndolo a una edad tan joven.

Se encogió de hombros y evitó la intensa mirada de Salman.

–Ya sabes que siempre me han encantado los animales. He soñado con llevar los establos desde que era pequeña.

–Lo sé –admitió él–. Por eso fue lo mejor, que volvieses a casa y siguieses tu camino.

Ella lo miró, pero no vio ninguna emoción en su rostro. Y entonces el camarero llegó con los platos principales e interrumpió la conversación. Ella le había hablado muchas veces de sus sueños cuando habían sido más jóvenes, y él siempre la había escuchado en silencio. En esos momentos, Jamilah recordó que Salman nunca

había compartido con ella nada personal, ni siquiera en París. Y todavía le dolía pensar que él sólo la había visto como un estorbo.

Pero, en esos momentos, le estaba diciendo que le había preocupado que sacrificase sus sueños por tener una aventura con él en París. Y, visto así, tal vez el hecho de que la hubiese rechazado no hubiese sido un acto de tanta crueldad.

Mientras pensaba en aquello, Jamilah comió en silencio, pero al final la curiosidad la venció y le preguntó a Salman por su trabajo. Él se limpió los labios con la servilleta antes de contarle que se había licenciado en el arriesgado mundo de la gestión alternativa de fondos.

Hizo una mueca.

–Ahora formo parte de ese grupo tan vilipendiado de banqueros, el azote de la reciente crisis bancaria y, no obstante… por vilipendiados que estemos, los negocios jamás nos habían ido tan bien –dijo sonriendo, pero sin calidez.

–¿Tienes tu propia empresa?

Él asintió y dio un sorbo a su agua.

–Sí, se llama Al-Saqr Holdings.

–¿Y no te importa que piensen mal de ti?

Él se encogió de hombros, tenía los ojos brillantes.

–Me he acostumbrado. ¿Qué puedo hacer, si la gente sigue queriendo que invierta su dinero y me arriesgue en su nombre?

–Suena tan frío e impersonal.

–¿Como vivir en un hotel y no tener relaciones serias? A estas alturas, Jamilah, ya deberías saber que mi alma está perdida. Ya te dije hace mucho tiempo que mi interior es oscuro y retorcido.

Jamilah se dio cuenta en ese instante de que se lo estaba diciendo porque lo pensaba, pero ¿por qué pensaba así? Se le encogió el corazón. Todavía podía ver al chico que se había acercado a reconfortarla delante de la tumba de sus padres, que le había dado una fuerza de la que todavía seguía tirando en ocasiones. Qué ironía, siendo él el motivo por el que necesitaba tener fuerza.

Pero durante las tres semanas que habían estado juntos en París había sido amable e infinitamente generoso. Había sido tal y como ella había recordado: indulgente y cariñoso, y también tolerante.

No obstante, jamás olvidaría su crueldad. Aun así, Jamilah no entendía por qué pensaba que su alma estaba perdida. Sintió curiosidad.

De repente, dejó la servilleta y se levantó.

–Necesito ir a por unos papeles a mi habitación para la reunión que tengo esta tarde.

Y él se levantó y la siguió hacia el hotel.

A Jamilah le sorprendió que no insistiese en que tomasen postre y café. Anduvo con inseguridad y él la agarró del brazo para guiarla por los jardines.

Al acercarse a las puertas, donde había personal del hotel esperándolos, Jamilah se maldijo por haber sido tan ingenua. Se detuvo y se giró a mirarlo:

–Sabías muy bien dónde íbamos a comer, ¿verdad?

Él hizo que se derritiese por dentro con su mirada.

–Sólo he manipulado un poco la verdad para conseguir que te quedases.

–No quiero que me seduzcas, Salman. No voy a permitirlo.

–Ya es demasiado tarde, Jamilah. Estamos aquí ahora… por un motivo. No creo en el destino, pero creo en esto.

La acercó a él y le dio un beso antes de que le diese tiempo a protestar. Jamilah apoyó una mano en su pecho, para apartarlo, pero su fuerza hizo que le temblasen las piernas. Gimió con una mezcla de desesperación y deseo, y se puso de puntillas para acercarse todavía más.

Se apartó, con el corazón acelerado, indignada por volver a encontrarse en aquella situación.

Él la sujetó contra su cuerpo para que pudiese notar su erección.

–Dime otra vez que no te voy a seducir…

Ella deseó decírselo, pero no pudo.

–El problema es que esto es todavía más fuerte que nosotros, y que nuestro deseo no tuvo la oportunidad de agotarse –añadió Salman.

Jamilah consiguió alejarse por fin.

–Yo, al contrario que tú, sé alejarme de las cosas que no me convienen. Puedo resistirlo, y lo haré. Búscate a otra, Salman, por favor.

Capítulo 5

Jamilah había tenido su reunión con el enviado de Dubai y, para su alivio, no había vuelto a ver a Salman, pero en esos momentos tenía que prepararse porque iba a tener que asistir a un acto de gala con él.

Cuando lo oyó en el salón, respiró hondo. Se miró en el espejo de la habitación. Gracias al maquillaje casi no se notaba que no había pegado ojo la noche anterior, ni tampoco se veían las secuelas del beso de después de comer.

Llevaba un vestido de seda largo, palabra de honor y de color azul oscuro, casi negro. Era elegante y tenía una espalda bastante sexy.

Su madre había sido una modelo famosa, una de las primeras mujeres árabes en ejercer aquella profesión, y así había conocido a su padre en París. Antes de que falleciese, su madre le había enseñado a apreciar la ropa clásica y elegante, y las joyas. Jamilah no compraba mucho, pero todo lo que tenía era de gran calidad.

Se había recogido el pelo y se puso unos pendientes de zafiros de su madre, a juego con el collar. Volvió a respirar, tomó el abrigo de piel corto, el bolso y salió de su habitación.

Tuvo que agarrar el bolso con fuerza al ver a Salman vestido de esmoquin. Era el hombre más guapo que había conocido en su vida.

Salman la miró y supo que, si no salían de allí de inmediato, se la llevaría a su cama y ella lo odiaría para siempre.

Así que dejó la revista que estaba leyendo y dijo: –Deberíamos marcharnos, o no llegaremos al discurso inaugural.

Y ella lo siguió, sintiéndose nerviosa y vulnerable.

Al salir del hotel, Salman la ayudó a ponerse el abrigo y se sobresaltó cuando su mano tocó la piel desnuda de su hombro.

–Ya está. Siento que hayas tenido que tocarme. Mientras su coche se acercaba, Salman puso ambas manos en sus hombros.

–¿Es que piensas que no quiero tocarte?

Ella no pudo responderle. Vio con el rabillo del ojo cómo el conductor les abría la puerta y esperaba, pero ellos seguían sin moverse. Salman volvió a hablar en voz baja.

–Si no hubiésemos salido tan rápidamente de la habitación, tu vestido estaría hecho jirones y en estos momentos estaríamos

haciendo el amor con más ganas que en todas nuestras vidas. Sólo puedo pensar en hacerte mía en la parte trasera de ese coche. ¿Tienes idea de cuánto te deseo?

Jamilah abrió la boca y la volvió a cerrar. Su determinación se vio aplastada por un anhelo tan intenso que deseó que Salman hiciese lo que acababa de decirle. Sólo podía ver sus cuerpos desnudos, entrelazados, llegando juntos al clímax.

Entonces alguien salió del hotel detrás de ellos y Salman volvió a ponerse la máscara. Era el sultán de Al-Omar. Lo saludó y oyó cómo les preguntaba si les importaba que fuesen juntos a la cena, dado que le había prestado su coche a alguien esa noche.

Los guardaespaldas del sultán y de Salman esperaban entre las sombras, preparados para entrar en sus vehículos. Aquello sirvió a Jamilah para recuperar algo de cordura, y unos segundos después se encontró sentada al lado de Salman, que se había sentado en el medio, con ella a la derecha y el sultán Sadiq a la izquierda. Jamilah sólo podía sentir cómo le quemaba el muslo, apretado contra el de él, fuerte y musculoso.

Los hombres charlaron de cosas sin importancia y de las reuniones. Y ella no fue capaz de participar, sólo podía pensar en Salman. Sabía que no iba a poder resistirse a él.

Unas horas más tarde, Jamilah estaba de los nervios, después de llevar toda la noche al lado de Salman, intentando hacer caso omiso de sus sentimientos.

Volvieron al coche, en esa ocasión sin el sultán, que se había quedado con una impresionante mujer castaña. Y recorrieron las calles de París bajo la luz de la luna, con la torre Eiffel apareciendo y desapareciendo de manera intermitente. La tensión entre ambos era enorme y cuando Jamilah estaba pensando en lo que haría si Salman volvía a intentar seducirla, éste le pidió al conductor que redujese la velocidad. Fue entonces cuando Jamilah se dio cuenta de que estaban en el ayuntamiento, en cuya plaza habían instalado una feria.

Salman la miró.

–¿Te importa si salimos un minuto?

Ella negó con la cabeza, aliviada. Necesitaba espacio y aire

para volver a recomponerse.

Salieron y el aire frío de la noche la hizo temblar. Notó cómo Salman le ponía la chaqueta sobre los hombros y lo miró. Tenía el corazón acelerado.

–Puedo ponerme mi abrigo. Vas a quedarte helado.

Él sonrió de medio lado.

–Sobreviviré.

La agarró de la mano y ella cedió a regañadientes, sabiendo que, de todos modos, no la iba a soltar. Anduvieron hacia donde sonaba la música.

–Siempre me han encantado las ferias –comentó Salman en voz baja, casi inaudible–. Hay algo de otro mundo en ellas.

Jamilah abrió la boca y volvió a cerrarla.

–No te sorprendas tanto –le dijo Salman.

–¿Cuándo estuviste en una feria de niño? –le preguntó ella, sabiendo que no las había en Merkazad. Él la estaba guiando hacia un tiovivo iluminado.

–Solía haber una en Merkazad –le respondió él en tono melancólico–, pero cuando los rebeldes nos invadieron, la destrozaron.

–Ah. ¿Y por qué no se construyó otra?

Salman se encogió de hombros.

–Creo que la gente estaba demasiado ocupada reconstruyendo sus vidas y sus casas.

–Tal vez alguien debiera construir una ahora… Salman la miró con expresión enigmática.

–Tal vez alguien lo haga algún día.

La intensidad de su mirada hizo que Jamilah apartase la suya y dijese con la respiración entrecortada:

–¿No te asustan estos caballos…?

–No –le respondió él en tono tenso–. No me asustan estos caballos. No me asustan los caballos en general, Jamilah. Sólo he decidido no acercarme a ellos. Se lo dejo a personas como tú y como Nadim.

Jamilah vio algo parecido a miedo en su mirada, pero no quiso hacerle más preguntas a pesar de sentir mucha curiosidad.

Quitó su mano de la de él y se acercó al antiguo tiovivo sujetándose el vestido con una mano. Pagó al hombre que manejaba

los mandos y, cuando el tiovivo se hubo parado, se subió a uno de los caballos y le sacó la lengua a Salman. Y justo cuando el tiovivo iba a ponerse en marcha de nuevo, él le tiró algo de dinero al hombre y se subió a su lado, pegando el pecho a su muslo.

–Eh –le dijo ella, otra vez sin aliento–. Eso es trampa. Tienes que sentarte en un caballo.

Él la agarró por la cintura y Jamilah se aferró a sus hombros para no caerse cuando el caballo empezó a subir y a bajar. Estaban en movimiento y eso causaba una deliciosa fricción entre el pecho de Salman y su pierna. Él hizo que bajase la cabeza y la besó, y ella no pudo resistirse.

Jamilah dejó de oír la música y todo se desvaneció en el calor del beso y los brazos de Salman a su alrededor. Ninguno de los dos oyó cómo les silbaban un grupo de adolescentes al pasar. No se separaron para tomar aire hasta que el hombre les preguntó bruscamente si iban a pagarle otro viaje.

Con las mejillas ardiendo de la vergüenza, Jamilah se bajó del caballo, le temblaban las piernas y agradeció que Salman le diese la mano. Tenía el corazón acelerado y le picaba la piel. Y estaba segura de que Salman pretendía llevarla de vuelta al hotel y hacerle el amor.

Y se preguntó si no tendría razón. Tal vez debían disfrutar de aquella locura en París y purgarse de aquel deseo y aquella obsesión. Tal vez así lograse sacarse a Salman de su cabeza para siempre.

En ese momento, algo distrajo a Salman. Jamilah oyó los disparos de un puesto de tiro cercano y vio a un niño de unos ocho años llorando porque no había conseguido premio. Su madre intentaba consolarle diciéndole que no tenía más dinero, y rogándole al dueño del puesto que le diese algo al niño.

Salman se acercó al puesto y, una vez allí, le soltó la mano y se agachó para hablarle al niño en perfecto francés.

Le preguntó qué regalo quería, le dio el dinero al dueño del puesto y ayudó al niño a disparar enseñándole adónde debía apuntar. El niño acertó a la primera y se llevó el premio.

Después de que le dieran las gracias efusivamente, Salman volvió a tomar la mano de Jamilah y la llevó hacia el coche.

Una vez dentro, Jamilah se giró hacia él, que estaba muy tenso,

en silencio, y le preguntó: –¿Dónde has aprendido a disparar así?

Salman no se giró a mirarla, sólo respondió en voz muy baja.

–No tenía que haber hecho eso. Tenía que haber dejado que el niño se quedase decepcionado y que no quisiese volver a disparar…

–¿Por qué, Salman?

De repente, él se había encerrado en sí mismo. La miró, pero su mirada era opaca, impenetrable.

–Da igual.

Pero ella supo que no daba igual.

–No ha sido el niño quien ha disparado, sino tú, aunque le hayas hecho pensar que lo hacía él. No es para tanto. Es sólo un juego.

Salman sonrió, pero estaba muy serio.

–Nunca es sólo un juego.

–¿Cómo lo sabes? Y no me has contestado, ¿dónde aprendiste a disparar?

–Ha sido sólo suerte… pura casualidad –le dijo él.

Y luego se giró a mirar por su ventanilla, haciendo que Jamilah se sintiese rechazada. Hicieron el resto del viaje al hotel en silencio y cuando llegaron a la suite ella se sentía tan intimidada que no se atrevió a hablar.

Salman la miró y, por un segundo, Jamilah vio tanto dolor en él que se acercó con la mano estirada.

–¿Qué te pasa, Salman?

–Nada –replicó él en tono frío–. Vete a la cama.

Se dio la media vuelta y entró en su habitación.

Confundida, Jamilah se quedó mirándolo y luego lo siguió y abrió la puerta de su habitación sin llamar. Lo vio de pie delante de la ventana, a oscuras, con las manos en los bolsillos.

No se giró hacia ella, sólo le dijo:

–Creo que te he dicho que te vayas a la cama.

–No eres mi padre, Salman. Me iré a la cama cuando me dé la gana.

Se acercó a él y lo miró. Como no se giró, lo agarró del brazo para hacerlo girar. Él la miró con gesto inexpresivo.

–¿Qué te pasa, Salman? De repente, me besas, y un segundo después me tratas como si tuviese la lepra.

Salman sonrió y ella deseó darle una bofetada.

–¿Me estás diciendo que estás preparada para acostarte conmigo?

Se miró el reloj y silbó.

–No está mal. Sólo has tardado veinticuatro horas. Estaba convencido de que me costaría al menos dos días. ¿Ha sido mi preocupación por el niño lo que ha ablandado tu corazón, o mi habilidad con la pistola?

Jamilah levantó la mano y le dio la bofetada. Tan fuerte, que le hizo girar la cara. A ella le picó la mano.

–Te lo mereces –le dijo con voz temblorosa–, no por lo que has dicho, sino por lo que me hiciste hace seis años.

Luego se dio la media vuelta y anduvo hacia la puerta.

–No te confundas, Jamilah –le dijo él entonces en tono amargo–. Te deseo. Pero si nos acostamos juntos, no podré ofrecerte más de lo que te ofrecí la última vez. Al menos, no podrás decirme que no te lo he advertido.

Jamilah se volvió.

–Vete al infierno, Salman.

Y se giró de nuevo para seguir andando.

–Ya he estado allí mucho tiempo.

Algo hizo que Jamilah se detuviese de repente y lo mirase otra vez.

–¿Qué quieres decir con eso?

Capítulo 6

Salman oyó las palabras de Jamilah y todo su cuerpo se contrajo. La maldijo. ¿Por qué no se marchaba? Una voz en su interior se burló de él. ¿Acaso quería echarla como había hecho seis años antes?

Entonces se sintió muy cansado. Llevaba tanto tiempo rígido, controlándose, estando enfadado. Y aquella mujer estaba destrozándolo todo sin tan siquiera saber lo que estaba haciendo.

Se giró a mirarla muy serio, con el rostro todavía dolorido por la bofetada.

Cuando Jamilah vio la marca de su mano en la mejilla de Salman, sintió remordimientos. Se acercó más y se disculpó por haberle pegado. Era la primera vez que golpeaba a otro ser humano en toda su vida y se sentía muy avergonzada por su comportamiento.

Pero él le dijo:

–No siento que me hayas pegado. Me lo merecía. Y es probable que me merezca todavía más.

Jamilah negó con la cabeza.

–No lo entiendo, Salman. Es casi como si quisieras ser castigado.

Él esbozó una sonrisa tensa.

–¿Sí?

Jamilah guardó silencio. Sospechaba que Salman no se refería a su comportamiento con ella seis años antes, o sí, pero aquello era sólo una pequeña parte de algo mucho más importante.

–¿Qué ha ocurrido realmente con ese niño esta noche? ¿Por qué te ha afectado tanto?

Salman la miró fijamente, fulminándola con la mirada por haber hecho aquella pregunta, pero Jamilah no se achantó.

Entonces, él le contestó:

–No creo que de verdad quieras saberlo.

Y a ella le enfadó que quisiera apartarla así de su lado.

–No me trates con condescendencia, Salman. Estoy segura de que no hay nada que puedas contarme que me sorprenda de ti.

Él volvió a sonreír.

–De todos modos, no me apetece hablar de ello ahora.

–¿Y cuándo va a apetecerte? –inquirió ella sin pensarlo.

–Nunca. Jamás te haría algo así –le respondió él.

–Ya me lo has hecho, Salman.

Jamilah sabía que estaban hablando de dos cosas distintas, pero que estaban inexorablemente relacionadas: los secretos más oscuros de Salman y el modo en que la había tratado, su falta de confianza en ella.

Jamilah se giró para marcharse, pero, para su sorpresa, él la agarró de la muñeca y le preguntó:

–¿Estás segura de que quieres saberlo, Jamilah?

Ella lo miró y vio que le brillaban los ojos y que tenía la mandíbula muy tensa.

–Sí, quiero saberlo, Salman –le contestó.

Él la miró a los enormes ojos azules y tuvo la sensación de ahogarse en ellos al mismo tiempo que se aferraba a una balsa salvavidas. No podía creer que hubiese evitado que se marchase. ¿De verdad iba a contarle lo que nadie más sabía? Y, al mismo tiempo, sentía la necesidad imperiosa de desahogarse allí, con ella. Jamás lo habría hecho con otra persona. En esos momentos se dio cuenta, era evidente.

Aquel niño lo había perturbado más de lo esperado. Se había dejado llevar por su instinto a la hora de reconfortarlo y había hecho lo necesario para conseguir que se sintiese mejor. Sólo había sido después cuando se había dado cuenta de lo que le había afectado aquel disparo.

Su pasado había vuelto con fuerza para darle una bofetada mucho más fuerte de la que le había dado Jamilah. Por unos segundos, en aquella feria, se había vuelto a sentir seducido por Jamilah. Se había visto seducido por una forma de vida más liviana. Había estado a punto de pensar que no cargaba con un horrible legado y un oscuro secreto que dominaba su vida como un veneno.

No obstante, por primera vez no tenía miedo a hacer aquello. Sólo le asustaba pensar en cómo iba a reaccionar Jamilah cuando le contase aquello, porque eso podía ser lo único que la apartase de él para siempre.

Jamilah vio cómo Salman luchaba claramente contra algo y cómo su rostro se volvía inexpresivo. Él le soltó la muñeca, anduvo hasta un sillón que había en un rincón y se dejó caer en él. Jamilah

se apoyó en el borde de la cama. Se le había secado la garganta.

Salman tenía la cabeza inclinada y entonces la levantó para mirarla.

–Lo que te dije aquel día en París… de que jamás había habido nada entre nosotros, que me seguías como un cachorro… era mentira.

Ella notó un zumbido en la cabeza y pensó que se iba a desmayar.

–¿Por qué lo dijiste? –le preguntó, sintiéndose aliviada.

–Porque tú me dijiste que me querías y yo sabía que, si no conseguía que me odiases, tal vez no dejases de tener la esperanza de calmarme.

Salman sonrió y luego volvió a ponerse serio.

–Aunque, como después me dijiste, sólo sentías hacia mí lo que se siente por un primer amante, así que tal vez no hubiese hecho falta que yo fuese tan cruel.

–¿Tanto deseabas que me marchase?

–Sí. Porque no podía asumir la responsabilidad de tu amor. Porque no podía corresponderte. Porque no puedo hacerlo.

Jamilah se dio cuenta de que le estaba advirtiendo que no esperase demasiado de él y, de repente, sintió ganas de zanjar aquel tema.

–Cuéntame lo que ibas a contarme, Salman.

–Ahora voy. Sé que te lo debo.

Jamilah asintió y se preguntó por qué tenía un mal presentimiento.

Salman se miró fijamente las manos y luego empezó a hablar con una voz carente de emoción, como si quisiese distanciarse de lo que le estaba contando.

–La semana después de mi octavo cumpleaños, Merkazad fue invadido. No nos avisaron. No sabíamos que podíamos estar en peligro, no teníamos ni idea de que el sultán de Al-Omar llevaba mucho tiempo deseando que Merkazad formase parte de su país. Le molestaba nuestra independencia.

Jamilah ya sabía todo aquello. Asintió, aunque Salman no la estaba mirando.

–Nos mandaron a las mazmorras mientras saqueaban todo el castillo. Todos sus hombres tardaron en llegar gracias a nuestra

defensa beduina, que los retuvo, pero nosotros nos quedamos atrapados en el castillo con los soldados, sin ningún tipo de ley. Estábamos rodeados de hombres curtidos por sus experiencias, los soldados de élite del ejército.

Salman levantó la vista y sonrió a Jamilah, pero fue una sonrisa tan fría que ella se estremeció.

–Empezaron a aburrirse y buscaron algo con lo que divertirse. Y decidieron tomarme a mí como diversión. Para ver cuánto tiempo tardaba el hijo mimado del jeque en convertirse en otra cosa… en alguien más dócil.

Jamilah se quedó horrorizada al oír aquello.

–Venían todos los días, me sacaban de mi celda. Al principio yo alardeaba delante de Nadim. Le contaba que me trataban con favoritismo. Él siempre había sido el fuerte, al que recurría todo el mundo, y en esos momentos me habían elegido a mí. Yo no entendía que mis padres estuviesen tan aterrorizados, y si hablaban demasiado, les pegaban. Durante los primeros días me dejaron seguir siendo el niño mimado que era. Jugaron conmigo… al fútbol. Me dieron bien de comer y de beber.

Salman apretó la mandíbula.

–Y entonces empezó todo. Dejaron de darme comida y bebida. Empezaron a darme puñetazos y patadas, a golpearme con cinturones y fustas por cualquier cosa. Al principio me quedé desconcertado. Había pensado que eran mis amigos. Cuando volvía a la mazmorra por las noches, ya no lo hacía tan contento. Estaba confundido. ¿Cómo podía explicarle a Nadim lo que estaba pasando? Ni siquiera yo lo entendía. Y no podía pedirle ayuda. Ya entonces era demasiado orgulloso. No obstante, él sospechaba algo y pidió que lo llevasen a él en mi lugar, pero no le hicieron caso. Y me dijeron a mí que, si no iba con ellos todos los días, matarían a Nadim y a mis padres.

Jamilah ya tenía un nudo en la garganta. Quiso pedirle a Salman que dejase de hablar, pero supo que no podía hacerlo.

Salman sacudió la cabeza mientras recordaba.

–Hay muchas cosas de las que no me acuerdo. Dejaron de pegarme cuando yo dejé de sentirme seguro de mí mismo. Me habían roto. Me convirtieron en su criado. Me hicieron limpiarles las botas, hacerles la comida –le contó, respirando hondo–, pero

luego volvieron a aburrirse y decidieron entrenarme como se habían entrenado ellos. Así que me llevaron a los establos y me enseñaron a disparar.

–Salman… –dijo Jamilah horrorizada, sacudiendo la cabeza.

–Y luego se terminó todo y nos liberaron. Lo que más disgustó a mi padre era que habían matado a todos los caballos. Salvo que no habían sido ellos… sino yo. Me habían obligado a utilizarlos como blanco. Tenía que matarlos de un solo tiro, si no, los dejaban agonizar.

Jamilah cerró los ojos. Por eso sabía disparar. Y por eso no se acercaba nunca a los establos. Abrió los ojos y se sintió aturdida.

–Abdul te defendió un día en los establos… Yo no entendí por qué…

Salman apretó la mandíbula.

–El primer día, Abdul intentó detenerlos y los soldados me dieron a elegir: o mataba a los caballos, o lo mataba a él. Lo peor de todo fue que me convirtieron en uno de ellos. Tuve que empezar a pensar como ellos para sobrevivir. Me convertí en una persona salvaje, capaz de matar a otro ser humano para defenderme.

Jamilah sintió náuseas.

–¿Y cómo puedes ir a Al-Omar después de todo eso?

Salman sacudió la cabeza.

–El sultán Sadiq no es su padre. Firmó la paz con Nadim hace años. Y él se ocupó personalmente de que detuvieran y encarcelaran a los rebeldes que había en el ejército de su padre.

Sin pensarlo, Jamilah se quitó los zapatos de una patada y fue descalza hasta donde estaba sentado Salman. Se arrodilló a sus pies, tomó su mano y lo miró. Tenía un dolor insoportable en el pecho.

–No tenía ni idea de que hubieses pasado por algo así. ¿Por qué no lo sabe nadie?

–Porque, durante mucho tiempo, me culpé a mí mismo de ello. Creí que había sido responsable, por haber llamado su atención. ¿Cómo podía contarle a mi padre lo que había hecho? Jamás me habría perdonado… o eso pensaba por entonces. Durante años, soñé con que una manada de caballos salvajes me perseguía hasta matarme.

Jamilah sacudió la cabeza y le apretó la mano.

–No fue culpa tuya.

Salman esbozó una sonrisa.

–Una cosa es saberlo y otra distinta creerlo de verdad.

De repente, Salman se levantó, obligando a Jamilah a incorporarse también. Apartó la mano de la de ella y echó la cabeza hacia atrás.

–Así que ahora ya lo sabes. Espero que haya merecido la pena esperar para oír una historia así de escabrosa.

Jamilah sacudió la cabeza.

–Salman, no…

–¿No, qué? Ya te dije que mi interior era oscuro y retorcido, y ahora ya conoces el motivo. El resto no ha cambiado, Jamilah. Sigo deseándote –le dijo él, apretando los labios–, pero no me sorprendería que tu deseo por mí hubiese disminuido. Tal vez debiera aceptar tu consejo e ir a saciar mi deseo a otra parte.

Ella sintió ganas de llorar al verlo sufrir de aquella manera.

–Lo que me has dicho no me da asco… fuiste una víctima, y no deberías haber pasado por todo eso solo.

Jamilah se dio cuenta de que Salman estaba enfadado por haber desnudado su alma delante de ella. Sabía que debía de haberle costado mucho trabajo y decidió alejarse de él en ese momento para que no se diese cuenta de lo mucho que deseaba reconfortarlo.

Echó a andar y se detuvo al llegar a la puerta, pero no se giró a mirarlo. Sólo le dijo:

–Me alegro de que me lo hayas contado, Salman. Y se marchó.

Él se quedó allí mucho tiempo, sorprendido por lo fácil que le había resultado contar su secreto, y por cómo lo había aceptado todo Jamilah. Había visto compasión en su mirada, sí, pero eso no le había hecho sentir tan mal como había imaginado. Siempre había temido la reacción de los demás. Por eso le resultaba tan sencillo escuchar a otros.

En su interior se estaba librando una intensa batalla: por un lado quería saciar su deseo con Jamilah y, por otro, apartarla lo máximo posible de él para protegerla. Otra vez.

Los parámetros de su relación habían cambiado y Salman ya no estaba seguro de dónde empezaban y dónde terminaban. Sólo sabía que la deseaba más que nunca, pero que tendría que ser ella la que acudiese a él. La cuestión era si lo haría.

Jamilah estaba en la cama, despierta, con un nudo en el estómago de pensar por lo que había pasado Salman. Toda la información daba vueltas en su cabeza. Había muchas cosas que de repente tenían sentido: como su seriedad, la relación tan fría que tenía con Nadim y Merkazad, su miedo a los caballos… Y, al mismo tiempo, todavía seguía siendo un enigma. Ya conocía sus fantasmas, pero estaba más lejos que nunca de conocerlo a él.

Al mismo tiempo, se sentía aliviada porque Salman le había dicho que lo que no existiese un vínculo entre ambos era mentira.

Por fin se quedó dormida, pero tuvo pesadillas y cuando se despertó por la mañana, casi tarde para la primera reunión, se alegró de que Nadim ya se hubiese marchado.

A la luz del día, todo lo que había sufrido le parecía todavía peor, más duro. Jamilah tenía la sensación de que Salman estaba esperando a que ella diese el siguiente paso y ella no sabía si tendría la fuerza suficiente para seguir resistiéndose. Se temía que aquella confesión hubiese acabado por completo con sus defensas y que ya no tuviese nada detrás de lo que esconderse. Ni siquiera ira.

Esa noche, después de otra cena de trabajo, que en esa ocasión había tenido lugar en su mismo hotel, Jamilah aceptó la invitación del asesor del sultán Al-Omar de ir a tomar una copa al bar. Siempre se había sentido culpable por haberlo dejado plantado en la fiesta del sultán el año anterior.

Además, llevaba evitando a Salman todo el día ya que todavía no se sentía preparada para enfrentarse a él y a su intensa mirada.

–Jamilah –le dijo Ahmed, sacándola de sus pensamientos.

Ella se disculpó con una sonrisa.

–Lo siento, tengo la cabeza en otra parte. Creo que deberíamos quedar otro día, hoy no soy buena compañía.

Ahmed sonrió y Jamilah pensó que era guapo y deseó poder encontrarlo tan atractivo como a Salman.

–¿No tendrá algo que ver con Salman al Saqr, verdad?

Jamilah se ruborizó mientras Ahmed se levantaba y esperaba a que ella lo hiciese también.

Mientras salían, Ahmed añadió:

–No te preocupes, no se nota tanto, pero no es la primera vez que os veo juntos.

Ella se puso todavía más colorada y se dio cuenta de que no podía mentirle.

–Sí, tiene algo que ver –admitió de camino a los ascensores.

Ya estaban dentro cuando Ahmed se giró hacia ella y le dijo:

–Tal vez no te interese oírlo, pero tiene muy mala reputación en lo que a las mujeres se refiere.

Ella rió histéricamente. El pobre Ahmed no tenía ni idea, pero le agradeció su preocupación. La acompañó hasta la puerta de la suite y ella le sonrió con tristeza. Entonces se le ocurrió algo. Tal vez si le diese a otra persona la oportunidad…

Se acercó a Ahmed y le preguntó:

–¿Puedo besarte?

Él la miró sorprendido.

–Sí, por supuesto –balbució.

Y se acercó a ella con torpeza. Pero en ese momento Jamilah se dio cuenta de que no estaba bien. Ya era demasiado tarde, Ahmed la tenía agarrada por la cintura y le estaba plantando los labios en la boca.

De repente, se oyó una puerta y alguien separó a Jamilah de los brazos de Ahmed. Ella dejó de sentirse aliviada al darse cuenta de que se trataba de Salman. El pobre Ahmed estaba aterrado.

Retrocedió y dio las buenas noches entre dientes antes de desaparecer. Salman hizo girar a Jamilah en sus brazos y ella abrió y cerró la boca, pero no pudo articular palabra. La diferencia entre Salman y Ahmed era cómica.

Salman la hizo entrar en la habitación con él y ella apoyó la espalda en la puerta cuando él la cerró de un golpe.

–¿Qué demonios te pasa? –inquirió Salman–. ¿Cómo le preguntas si puedes besarlo?

–No es de buena educación espiar. ¿Y quién te ha dado derecho a echar así al pobre Ahmed? Salman hizo una mueca.

–Yo no le he dicho nada. Se ha ido él solo. Pero ya veo que ahora te doy asco, ¿verdad? Tienes la cabeza llena de horribles imágenes por mi culpa.

Para sorpresa de Jamilah, Salman la soltó y se apartó. Ella lo

agarró del brazo sin pensarlo.

–No, no, Salman. Por supuesto que no me das asco.

–Prefieres que te bese ese tipo antes que yo.

Y ella se dio cuenta de que aquél era el momento de dar el primer paso.

–He sentido asco por el beso de Ahmed, no por ti, Salman. Tú no me das asco. Más bien lo contrario. ¿Por qué no te callas y me besas?

Y con aquellas palabras lo sorprendió a él tanto como a sí misma. Se dio cuenta de que estaba muy tenso. La miró y ella levantó las manos a su cuello, sintiendo por primera vez que empezaba a controlar la situación. Se puso de puntillas y apretó sus labios contra los de Salman. Y entonces, al ver que él no se movía, se apartó y le dijo:

–¿Qué pasa, Salman? ¿No te gusta que una mujer tome la iniciativa?

Él la agarró de nuevo por la cintura.

–Claro que sí, pero quiero saber si estás segura de saber lo que estás haciendo.

–Estoy muy segura. Puedo cuidarme sola. Hace mucho tiempo que lo hago –le respondió ella, apretándose contra su erección.

Capítulo 7

Salman sonrió, haciendo que Jamilah se estremeciese de deseo.

–Me parece que todavía me gustas más cuando te pones dominante y mandona.

Antes de que a ella le diese tiempo a contestar, Salman la estaba haciendo retroceder de nuevo contra la pared. Bajó la cabeza y Jamilah sintió un delicioso calor. Lo agarró con fuerza, enterrando los dedos en su pelo. Sus lenguas se entrelazaron con ansia, como si no se cansasen la una de la otra.

Jamilah pensó que había aguantado demasiado tiempo aquel deseo, y después dejó de pensar al notar las manos de Salman en su espalda, bajándole la cremallera del vestido. Dejó de besarla y siguió la línea de su mandíbula hasta el hombro, para allí bajarle el tirante del vestido. A ella le costó respirar, bajó las manos y se apretó contra la puerta, le temblaban las piernas. Habían pasado de cero a mil kilómetros por hora en treinta segundos.

Al bajarle el tirante, el vestido cayó, dejando un pecho desnudo al descubierto. Salman retrocedió un momento y lo miró. Y Jamilah tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no desmayarse con la intensidad de aquel momento. Notó cómo se le erguía el pezón y se mordió el labio para evitar rogarle a Salman que se lo acariciase.

Él lo hizo de todos modos, al tiempo que le decía con voz ronca:

–Eres tan bella… He soñado tanto con esto, Jamilah. He soñado contigo.

Le pasó el dedo pulgar por el pezón una y otra vez y luego inclinó la cabeza y lamió a su alrededor antes de metérselo entero en la boca y hacerla gritar.

–Ahora tú… –le dijo después, desesperada–. Quiero verte.

Salman se incorporó y con gran sensualidad y confianza en sí mismo, se quitó la ropa sin dejar de mirarla.

Unos segundos después estaba completamente desnudo delante de ella, haciendo que se le dilatasen las pupilas al dejar al descubierto la formidable erección. A Jamilah se le había olvidado lo grande que era.

Salman volvió a acercarse y le levantó la barbilla con un dedo. Luego le bajó el otro tirante del vestido hasta que éste le cayó hasta

la cintura. Sólo hizo falta darle un pequeño tirón para que fuese a parar al suelo junto a la ropa de él. Jamilah se había quedado sólo con las braguitas de encaje negras y los tacones. Salman la recorrió con la mirada y ella notó calor por todo el cuerpo, en especial, entre las piernas.

Salman le quitó la horquilla que le sujetaba el pelo, dejando que la melena cayese sobre sus hombros y luego le dijo con voz ronca:

–¿Estás excitada, Jamilah?

Ella respondió con un elocuente gemido mientras Salman trazaba el valle de su escote con su dedo índice. Había estado excitada de pensar en él desde que había oído el helicóptero que lo había llevado a Merkazad.

Y volvió a gemir al ver que Salman se ponía de rodillas delante de ella y le quitaba los zapatos.

–Quiero probarte.

Le bajó las braguitas y se las quitó. Y luego separó las piernas con cuidado antes de agarrarle la derecha y colocársela encima del hombro, abriéndola para él.

Jamilah supo que no había marcha atrás y tuvo que llevarse el puño a la boca al notar su respiración caliente sobre la piel. Él la acarició con la lengua, prestando especial atención al clítoris. Y Jamilah tuvo el clímax más intenso de toda su vida.

Cuando perdió la fuerza de las piernas, Salman la sujetó. Luego se incorporó y la tomó en brazos para llevarla hasta la cama. Una vez allí, Jamilah no pudo aguantar más.

–Salman… te deseo.

Él se inclinó sobre su cuerpo y le contestó.

–Y yo a ti. Te deseo tanto que casi me duele.

Jamilah lo abrazó por el cuello y abrió las piernas antes de decirle:

–Dime dónde te duele y te daré un beso para curarte.

Salman se llevó un dedo a los labios.

–Aquí…

Ella le dio un beso en la boca, sacó la lengua y la acarició con ella, le mordisqueó con suavidad el labio inferior.

Luego se apartó y vio que a Salman le brillaban los ojos. Éste señaló su pecho.

–Y aquí, también…

Jamilah pasó las manos por sus costados, notando cómo se estremecía, y le acarició un pezón con la lengua hasta que notó que se endurecía.

Él cambió de postura y su erección frotó la zona más íntima de Jamilah. Ella movió las caderas hacia él instintivamente. Lo deseaba tanto que gimió desesperada cuando Salman se apartó para ponerse protección.

Pero enseguida volvió y se tumbó encima de ella, la besó con pasión. La penetró de un solo empellón, haciéndola dar un grito ahogado. Había pasado tanto tiempo que Jamilah se notaba tensa y se movió para acomodar en su interior la erección de Salman.

Pero la tensión se calmó en cuanto él empezó a moverse. Jamilah se abrazó a su cintura para que entrase todavía más y disfrutó de la fricción de su pecho contra el de ella. Y siguieron así hasta llegar al clímax. Por un segundo, Jamilah sintió miedo por la intensidad con la que lo estaba sintiendo, pero luego se abrazó a Salman y se dejó llevar.

Después sólo se oyó la respiración entrecortada y el latido de los corazones de ambos. Salman se quitó de encima de ella, haciendo que se sintiese repentinamente despojada, y se odió a sí misma por sentirse así. Recordaba que Salman nunca había sido demasiado cariñoso después del coito, así que le sorprendió que la abrazase con fuerza.

Se quedó así mucho tiempo, escuchando la respiración de Salman. No podía dormir. A pesar de haber desnudado su alma delante de ella, era demasiado orgulloso para mostrar su vulnerabilidad.

Deseó no estar allí cuando despertase, así que se apartó con cuidado de sus brazos y tomó una bata que había a los pies de la cama. Se la puso con manos temblorosas y miró a Salman antes de irse a su habitación, donde entró en el baño, se quitó la bata y se dio una ducha de agua caliente.

No quiso llorar y se odió a sí misma por ser tan débil. De repente ya no se sentía segura de sí misma y volvía a ser la Jamilah ingenua y buena, que jamás había aprendido a protegerse. Entonces oyó un ruido y se giró, y vio a Salman en la puerta de la ducha. Ella se tapó los pechos y balbució:

–¿Qué…?

Salman estaba muy serio.

–Apostaría a que no te has acostado con nadie en mucho tiempo. Estabas casi tan rígida como la primera vez que estuvimos juntos.

Ella se sintió humillada, sintió náuseas.

–Eso no es asunto tuyo –le dijo.

–Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco he sido capaz de acostarme con nadie desde que te besé en la fiesta del sultán el año pasado.

Salman entró en la ducha y Jamilah ya no se sintió tan humillada.

–¿No?

–No he querido tocar a nadie hasta que no he vuelto a verte a ti.

–¿Y la rubia que estaba contigo en el castillo?

Él hizo una mueca.

–Me siguió y no conseguí sacarla de la habitación. Llevaba varias noches sin dormir, así que no tenía fuerzas para echarla.

Salman tomó las manos de Jamilah y las apartó de su pecho. Luego tomó jabón y empezó a acariciarle el cuerpo, lavándoselo. Ella se apoyó en la pared, le pesaban los párpados y sólo podía ver cómo Salman se iba excitando cada vez más. Él la hizo girar y se colocó justo detrás, agarrándole los pechos con las manos llenas de jabón y apretándola contra su cuerpo.

Luego la acarició también entre las piernas y murmuró con voz ronca:

–No puedo esperar más… apoya las manos en la pared…

Ella lo obedeció y notó cómo Salman le separaba más las piernas y guiaba su erección entre ellas hasta penetrarla.

Salman le acarició el clítoris con una mano y con la otra le apretó un pecho. Jamilah hizo un esfuerzo por respirar y mantener la cordura mientras el agua caía sobre ambos.

El clímax llegó enseguida. Jamilah dio un grito ahogado y echó la cabeza hacia atrás mientras Salman se vaciaba en su interior. Después del último empellón, se quedó inmóvil, derramando su semilla dentro de Jamilah. Ésta casi no pudo ni sentirse alarmada, estaba demasiado afectada, temblando.

Salman hizo que se diese la vuelta y la abrazó con fuerza, le dio un rápido beso en los labios.

–¿Estás bien?

Ella sólo pudo asentir. No era capaz de articular palabra. Dejó que Salman la sacase de la ducha y la envolviese en una enorme toalla. Se había equivocado. Su relación jamás había sido así. Había sido increíble, sí, pero aquello… iba más allá de lo que había podido sentir con un hombre antes. En ese momento, acababa de dejar de ser una mujer inocente, virgen e idealista.

Salman la secó antes de secarse él y le envolvió el pelo en una toalla. Luego se puso él otra alrededor de la cintura y la llevó al dormitorio, donde se sentó a su lado en el borde de la cama.

Jamilah seguía aturdida de tanto placer. Entonces miró a Salman y se dio cuenta de que éste tenía ambas manos apoyadas en las piernas, y la cabeza inclinada. Estaba muy serio.

–No he utilizado protección.

–No creo que haya problema. Estoy en un momento seguro del ciclo…

Le dijo ella, apartando la vista al darse cuenta de que iba a tener que contarle lo que había ocurrido.

–Sabré si estoy embarazada dentro de un par de semanas.

–¿Cómo? –le preguntó él con el ceño fruncido.

Ella respiró hondo

–Porque ya he estado embarazada una vez y reconozco los síntomas enseguida. Perdí el bebé cuando sólo llevaba un mes de embarazo.

Él se giró a mirarla, pero no había comprensión en su mirada, sólo compasión.

–¿Por eso hacía tanto tiempo que no estabas con nadie?

Jamilah tardó un segundo en darse cuenta de que Salman no la había entendido. Y entonces dejó de sentir ganas de contarle la verdad. ¿De qué le serviría, si parecía evidente que no se daba por aludido? Además, después de todo lo que él le había contado la noche anterior, Jamilah no quería darle otro motivo más para que se sintiese culpable.

–Más o menos… –le respondió–. Mira, estoy muy cansada. Me gustaría irme a dormir. Sola.

Él tardó unos segundos en preguntarle:

–¿Estás segura de que quieres estar sola?

Jamilah asintió. Salman se levantó y salió de la habitación. Ella se metió en la cama todavía enrollada en las toallas. Se hizo un ovillo y lloró en silencio por el bebé que no había llegado a nacer.

Salman estuvo despierto mucho tiempo, pensando en lo que Jamilah le había contado. La idea de que hubiese estado embarazada de otro lo llenaba de emociones ambiguas. Sobre todo, de celos.

Siempre se había jurado a sí mismo que no daría vida a otro niño en aquel mundo tan superpoblado.

Sobre todo, porque le aterraba la idea de no poder protegerlo de los horrores de la vida. De los horrores que él mismo había presenciado, que llevaba en la sangre y que no quería transmitir a un hijo. Por eso había tomado la drástica decisión de hacerse una vasectomía casi diez años antes.

Le había dicho a Jamilah lo de la protección más bien preocupado por las enfermedades de transmisión sexual, aunque ella había entendido que lo que le preocupaba era que pudiese dejarla embarazada. Sólo de pensar en aquello volvió a excitarse.

Salman hizo una mueca y se giró en la cama, le dio un puñetazo a la almohada y apoyó otra vez la cabeza. Ya entendía el porqué del cambio de Jamilah en los últimos años y, curiosamente, él sintió la necesidad de saber más… y de protegerla.

Al día siguiente Jamilah estaba paranoica, como si todo el mundo la mirase. Por suerte, tuvo reuniones a lo largo de casi todo el día, así que no tuvo que enfrentarse a Salman.

En un momento dado entró en el cuarto de baño y se miró en el espejo, para ver si se le notaba algo raro. Tenía ojeras porque había dormido mal y le brillaban los ojos.

Entonces salió de uno de los baños una mujer a la que conocía.

Jamilah le sonrió y se lavó las manos. La otra mujer le devolvió la sonrisa e hizo amago de marcharse, pero luego dudó y le dijo:

–Sé que no es asunto mío, pero creo que deberías saber que Ahmed, el asesor del sultán Sadiq, ha ido por ahí haciendo correr el

rumor de que Salman al Saqr y tú…

Jamilah se ruborizó y respondió con voz tensa: –Gracias por contármelo.

La otra mujer se marchó y Jamilah volvió a mirarse al espejo. Suspiró. Por eso la miraba tanto la gente. En realidad, su reputación le daba igual, no era tan tradicional como otras mujeres que vivían en su país. No tenía familia y el hecho de que uno de sus padres hubiese sido europeo siempre había sido ya una rareza.

Pero todo el mundo iba a enterarse de que se estaba acostando con Salman, y él podría hacer otra muesca pública en el cabecero de su cama.

Se mantuvo erguida y se arregló el pelo antes de salir del baño con la cabeza bien alta. No tenía nada de lo que avergonzarse. Sólo podía arrepentirse de que Salman hubiese vuelto a seducirla.

–Esta noche tengo que ir a una fiesta benéfica. Me gustaría que me acompañases.

Jamilah miró a Salman. Volvía a ir vestido de esmoquin y estaba esperándola. Ella intentó no sucumbir a su encanto masculino. Estuvo a punto de decirle que no, quería decirle que no, pero dudó. Su postura parecía ser de poder y autoridad, pero Jamilah vio en él cierta vulnerabilidad.

–¿Qué fiesta es?

La expresión de Salman era indescifrable.

–La de una organización benéfica que fundé hace unos años.

Jamilah no pudo evitar mostrarse sorprendida y él sonrió con cinismo al ver la cara que ponía.

–Veo que no me considerabas un filántropo, ¿verdad?

Ella pensó que Salman la sorprendía constantemente y eso avivaba la curiosidad que sentía por él.

–La organización lleva el nombre de otra persona, pero, en esencia, es mi proyecto.

A Jamilah se le ocurrieron miles de preguntas, pero se contuvo.

–Estaré lista en quince minutos.

Salman inclinó la cabeza y la vio entrar en su dormitorio. Se había temido que le dijese que no quería acompañarlo y sintió náuseas al darse cuenta. Dejó escapar el aire que había contenido

con el corazón acelerado. No sabía por qué se sentía obligado a pedirle a Jamilah que fuese con él, pero no había podido evitarlo. Llevaba todo el día sintiéndose frustrado por no poder estar cerca de ella, y eso no le gustaba. No obstante, dado que le había desnudado su alma la otra noche, ¿qué más daba todo lo demás?

La tierra se estaba moviendo debajo de sus pies y no podía pararla. Cada vez la deseaba más y estaba empezando a olvidarse de las demás mujeres con las que había estado en los últimos seis años.

Anduvo con impaciencia de un lado a otro mientras esperaba y entonces la oyó. Se giró, preparándose para verla, pero no le sirvió de nada. Estaba preciosa con un vestido morado sin tirantes que resaltaba el maquillaje ahumado de sus ojos. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros.

Se acercó a ella sin poder refrenarse y la agarró de la mandíbula y de la mejilla. Notó cómo temblaba, cómo se le entrecortaba la respiración y vio cómo se le oscurecían los ojos.

–Eres mía, Jamilah –le dijo sin pensarlo.

Ella entrecerró los ojos, se volvió misteriosa. Se estaba cerrando a él y eso no le gustó.

–Y todo el mundo lo sabe, Salman –le respondió en tono cínico–. Después de la escenita que montaste anoche, todo el mundo habla de nosotros.

Salman notó calor en el vientre al pensar en que el otro hombre hubiese tocado a Jamilah.

–Bien. Porque todavía no hemos terminado, tú y yo –le dijo en voz baja.

E inclinó la cabeza para besarla. Ella se resistió al principio, pero luego apoyó el cuerpo contra el de él y abrió la boca con un delicioso suspiro. Salman se excitó todavía más.

Él retrocedió y Jamilah mantuvo los ojos cerrados unos segundos más. Tenía las mejillas sonrojadas. Salman se contuvo para no gemir, pero entonces la vio abrir los ojos y fulminarlo con ellos, y la notó temblar.

–Una noche más, Salman –le respondió con voz ronca–. Eso es todo. Mañana volvemos a Merkazad y lo nuestro se habrá terminado.

Jamilah sabía que, después de la revelación que Salman le

había hecho acerca de su niñez, no lograría mantenerse indiferente mientras hacían el amor durante tanto tiempo. Deseaba poder abrazarlo, reconfortarlo, sanar sus heridas, pero él le había dejado claro que eso era lo último que quería.

Todo en el interior de Salman rechazó aquel ultimátum automáticamente a pesar de sentir el deseo de protegerse a sí mismo. ¿Pero acaso no era lo que él le había dicho que iba a pasar? ¿A caso cualquier mujer en su sano juicio no quería que aquello se terminase? Cualquier mujer en su sano juicio…

Se encogió de hombros.

–Si es lo que quieres.

Jamilah apretó la mandíbula.

–Sí, es lo que quiero. Esto se termina aquí, en París, para siempre.

Él sintió que la ira y algo mucho más ambiguo crecía en su interior. Alargó la mano y tomó la de ella.

–De acuerdo. Ahora, vamos. No podemos perder ni un segundo de nuestra última noche juntos.

«Nuestra última noche juntos». Minutos después, sentada en el coche, Jamilah tuvo que contener las lágrimas al darse cuenta de que seguía desesperadamente enamorada de Salman y tenía que resignarse a su futuro. ¿Cómo podía haber pensado que ya no estaba enamorada de él? Y, lo que era todavía peor, ¿cómo había podido enamorarse todavía más?

Todavía le retumbaban en la cabeza sus propias palabras de que lo suyo terminaba en París. Sabía que sólo había sido un patético intento de que Salman pensase que era inmune a él. Jamilah sabía muy bien que cuando volviesen a Merkazad, bastaría con que Salman la tocase para volver a su cama. La única manera de protegerse sería volviendo a los establos, donde estaría sana y salva. Patético. Se escondería entre los caballos para aprovecharse de su miedo porque sabía que no podía confiar en sí misma estando cerca de él. Y cuando lo pensaba, deseaba automáticamente ayudarlo a superar aquel miedo. Patético.

En ese momento Salman le tomó la mano y la acercó a él. Su rostro esculpido estaba entre las sombras y Jamilah no pudo

resistirse. Cuando él inclinó la cabeza y la besó, ella se entregó a aquella locura.

Al llegar al lujoso hotel instalado al pie de los Campos Elíseos, Jamilah estaba aturdida. Por eso no se dio cuenta de que Salman estaba nervioso hasta que no estuvieron dentro. Le estaba agarrando la mano con mucha fuerza, aunque la expresión de su rostro era impasible.

Una mujer castaña, atractiva y de mediana edad, vestida con un traje de chaqueta negro los estaba esperando. Salman se la presentó a Jamilah, era la coordinadora de la organización. Hablaron en un francés rápido que Jamilah entendió. La mujer explicó que todo el mundo acababa de terminar de cenar y ya podían empezar los discursos, después tendría lugar una subasta. Salman asintió y siguieron a la mujer por una puerta lateral para sentarse a una mesa que estaba en la parte frontal de un salón de bailes.

Jamilah se dio cuenta de que todo el mundo miraba a Salman, en especial, las mujeres.

No supo de qué organización benéfica se trataba hasta que no empezaron los discursos, y le alegró mucho saberlo. Recientemente, había leído un artículo dedicado a ella tras haber ganado un prestigioso premio. La organización era conocida por su trabajo en la creación de escuelas y centros de ayuda psicológica para niños en países africanos con conflictos. Se les ofrecía acudir a aquellos lugares para estar a salvo y recibir ayuda para superar sus horribles experiencias, con vistas a rehabilitarlos con sus familias, o a cuidar de ellos hasta que pudiesen ser independientes.

Había muy pocas organizaciones que ofreciesen una ayuda tan completa a largo plazo. Y era normal que Salman hubiese querido crearla, él no había tenido la suerte de recibir ayuda para curar sus heridas.

Jamilah observó aturdida cómo un joven africano de unos dieciocho años se subía al podio. Con desgarradora elocuencia, habló de su experiencia como niño soldado y cómo la organización le había salvado la vida. En esos momentos vivía en París y asistía a la Sorbona, donde estudiaba Derecho. Cuando terminó de hablar, tanto Jamilah como muchas otras personas del público tenían lágrimas en los ojos. Todo el mundo se puso en pie para

ovacionarlo.

El joven bajó del podio y fue directo hacia Salman, que le dio un gran abrazo. Luego se lo presentó a Jamilah, que sólo fue capaz de saludarlo. Cuando el joven se alejó para recibir la felicitación de otras personas, Jamilah se dio cuenta de que Salman estaba emocionado y había una luz en sus ojos que no había estado allí antes.

Él la miró y Jamilah abrió la boca, preguntas y emociones daban vueltas por su cabeza y por su vientre. Salman le puso un dedo en los labios y le dijo en tono enigmático mientras negaba con la cabeza:

–No quiero hablar de ello. Esta noche, no, pero tal vez entiendas por qué la creé.

Salman puso gesto de alivio al ver que asentía. Y ella se dio cuenta de que se había enamorado otro poco más de él.

Capítulo 8

Se quedaron a la subasta. Salman animó mucho la puja subastando un beso de una conocida actriz de Hollywood que se encontraba entre el público.

Cuando terminó, Salman ayudó a Jamilah a levantarse de su silla y la sacó del salón por la puerta lateral. Ella lo miró mientras intentaba andar a su mismo paso y le preguntó casi sin aliento:

–¿No te tienes que quedar… a hablar con los invitados o algo así?

Él giró la cabeza para mirarla con los ojos brillantes.

–Contrato a gente que se ocupa de eso. Yo dirijo la organización de manera anónima, y sólo aparezco de vez en cuando.

Entonces se detuvo de repente, haciendo que Jamilah chocase contra él.

–De todos modos, esta noche tengo algo mucho más importante que hacer –añadió, dándole un beso rápido para aclararle de qué hablaba.

Ella se ruborizó, pero se obligó a contestar:

–Esto es más importante. No quiero ser la responsable de que te marches.

Él volvió a callarla con otro beso y se la llevó a un rincón solitario. Varias personas pasaron por su lado, pero ellos estaban ajenos a todo. Por fin se separaron para tomar aire y Jamilah apoyó la cabeza en el pecho de Salman. ¿Sería capaz de salir de aquella locura?

Él le dio la mano de nuevo y salieron a la calle en silencio. En el coche, Jamilah se dio cuenta de que no iban hacia el hotel y se detuvieron delante de un barco restaurante algo destartalado que estaba amarrado en el Sena, cerca de la Île de la Cité. Se le encogió el corazón al verlo. Aquélla siempre había sido una de sus partes favoritas de París.

Salman la ayudó a bajar y le dijo:

–Pensé que tendrías hambre…

El estómago de Jamilah rugió y ella sonrió.

–Parece que conoces mis hábitos alimenticios todavía mejor que yo.

Él sonrió también y, por un segundo, pareció mucho más joven, menos sombrío. Y Jamilah tuvo que contener una ola de ternura. En ese momento se acercó a ellos un hombre robusto, que saludó a Salman efusivamente. Era evidente que era un cliente bienvenido. Pronto estuvieron sentados en un tranquilo rincón con vistas al río. Jamilah vio a una pareja paseando por la orilla, que se detenía y se besaba, y pensó que bien podían haber sido ellos seis años antes. Suspiró.

Salman tomó su mano y le preguntó con naturalidad:

–¿No te gusta el sitio?

Ella negó con la cabeza y le contestó en voz baja, evitando mirarlo a los ojos:

–Es perfecto. Me encanta.

«Y te quiero», pensó también, pero no lo dijo.

Entonces llegó el camarero a tomarles nota y Jamilah se obligó a relajarse. Salman pidió champán y ostras y charlaron de cosas sin importancia. Por un segundo, Jamilah pensó que tal vez hubiese soñado las horribles revelaciones de Salman… pero sólo tenía que pensar en la organización benéfica y en el trabajo que hacía Salman para saber que no había sido un sueño.

Cuando terminaron de cenar y después de que Salman la hubiese besado y hubiese lamido de sus labios alguna gota de champán, Jamilah estaba temblando de deseo. Así que cuando él se levantó y le tomó la mano para marcharse, no dudó ni un instante.

Volvieron al hotel en silencio, de la mano. Y siguieron así hasta llegar a la suite. Jamilah se sintió como si hubiesen sido las dos únicas personas del mundo.

Una vez en la habitación de Salman, éste se quitó la ropa y, una vez desnudo, le bajó a ella el vestido para dejar sus pechos al descubierto.

–Llevo toda la noche esperando esto –le dijo con voz ronca.

Luego la agarró por la cintura y la apretó contra él, bajó la cabeza y besó y lamió sus pechos hasta conseguir que a Jamilah se le entrecortase la respiración y apretase sus caderas todavía más contra él.

Cuando la tuvo desnuda encima de la cama, debajo de él, le sujetó las manos encima de la cabeza con una mano y con la otra fue bajando por su cuerpo hasta llegar a su sexo.

–Voy a hacer esto muy despacio… hasta que me pidas clemencia…

Jamilah gimió de placer al notar sus dedos entre las piernas y arqueó las caderas. Ya quería pedirle clemencia, pero sucumbió a la experta seducción de Salman mientras éste hacía exactamente lo que le había prometido…

Jamilah se había quedado dormida, pero se despertó al notar que Salman le acariciaba el pelo y le susurraba al oído:

–Si piensas que se ha terminado, estás muy equivocada, Jamilah Moreau.

Ella no respondió, pero notó que se le hacía un nudo en la garganta. Salman la rodeó con su cuerpo, sus respiraciones se equilibraron y Jamilah supo que tenía razón. Le iba a costar tanto resistirse a él como dejar de respirar.

Lo único que podía hacer era conseguir que él la rechazase contándole lo que sentía, pero al recordar lo ocurrido seis años antes y la crueldad con la que la había tratado, le costó hacerlo. Aunque él le hubiese dicho que no había querido hacerle daño.

Jamilah se mordió el labio. Había contenido la esperanza que intentaba surgir en su interior como una flor del desierto. Tenía que aprender del pasado. No podía pensar que, al volver a Merkazad, volvería a estar en brazos de Salman. Además, él sólo se quedaría allí un par de semanas más, como si fuese tan fácil sobrevivir ese tiempo…

Al día siguiente, una vez en su avión privado, Salman miró a Jamilah con desconfianza. Tenía el sillón reclinado y estaba dormida, o fingía dormir. Tenía el rostro vuelto y el hecho de que pareciese ajena a su presencia lo enfadó. Nada más despegar había rechazado la comida y se había puesto a bostezar. Aunque Salman no podía culparla. Casi no habían pegado ojo en toda la noche.

Él intentó aclarar el lío que tenía en la cabeza. No podía arrepentirse de haber seducido otra vez a Jamilah, porque le había parecido lo correcto. Y en esos momentos, mientras volvían a un lugar del que durante mucho tiempo no había querido ni oír hablar,

su última preocupación era Merkazad. Para su sorpresa, había disfrutado mucho de los últimos días, ocupando el lugar de Nadim. Incluso había conseguido tener con él una conversación casi amistosa la noche anterior, cuando lo había llamado para informarlo de los últimos acontecimientos. Y eso era algo que no había ocurrido desde hacía mucho tiempo.

La mujer que dormía tan tranquila, o no, cerca de él, era la causa de aquellos cambios. Salman lo sabía y eso hacía que todo su cuerpo y su cerebro le estuviesen dando la voz de alarma. Aun así, no se arrepentía de habérselo contado todo. Como mucho, se sentía culpable por haber puesto en su mente las imágenes de aquellos meses tan horribles… Frunció el ceño. Aquellas imágenes estaban empezando a desaparecer como nubes de humo.

Apretó los labios y apartó la vista de su provocador y tentador cuerpo. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Las cosas habían cambiado mucho en los últimos seis años. Jamilah había madurado y había vivido, había experimentado cosas, pero, aun así, él tendría que dejarla al llegar a Merkazad, y en esa ocasión, lo suyo se terminaría para siempre. No había otra opción.

–Detén el jeep, Salman.

Al ver que no la obedecía inmediatamente, Jamilah estuvo a punto de repetírselo, pero él echó el vehículo a un lado, estaban en el patio principal del castillo de Al-Saqr. Hacia la izquierda, la carretera llevaba hacia el castillo y, a la derecha, hacia los establos y los campos de entrenamiento.

Salman vio cómo Jamilah se bajaba.

–¿Adónde crees que vas?

Ella intentó mantenerse tranquila a pesar de que tenía el corazón acelerado y sabía que se estaba comportando como una cobarde.

–A los establos –le respondió–. Voy a estar muy ocupada durante los próximos días.

Salman salió también del jeep de un salto y la acorraló contra él.

La miró a los ojos y ella se quedó al instante sin respiración. Salman apretó las caderas contra las suyas y Jamilah notó la

erección a través de los pantalones vaqueros, empujándola.

–¿Eso es lo que quieres? ¿Salir corriendo y esconderte en los establos?

Jamilah intentó apartarlo, pero no pudo.

–No hay nada que te impida acompañarme. No sé si te acuerdas de que tengo que trabajar.

Salman se puso tenso de inmediato y ella deseó pedirle perdón al ver terror en lo más profundo de su mirada. Él retrocedió y le dijo en tono frío:

–Como quieras, ya veremos cuánto aguantas.

No hacía falta que lo dijese. No estaba preparado para enfrentarse a sus demonios. Y Jamilah lo entendió. Hasta ella sintió náuseas al recordar lo que Salman había tenido que hacer. Era normal que hubiese querido escapar de allí a la menor oportunidad.

Luego se dijo en silencio que aguantaría hasta que Salman estuviese de vuelta en Francia y miles de kilómetros los separasen, pero al verlo subirse al jeep, tuvo que contener la traicionera sensación de decepción que le causaba que Salman no hubiese insistido más en que se fuese con él.

Se dio la media vuelta y anduvo los cinco minutos que se tardaba en llegar a los establos. Al llegar al patio, que siempre había sido su lugar favorito, sintió frío, desolación y la mente se le llenó de horribles imágenes.

El primer día de vuelta a los establos, Jamilah no tuvo noticias de Salman. Sólo oyó de hablar de él, emocionadas, a las chicas que lo habían visto esa mañana. Ella se preguntó enfadada dónde se habría metido Abdul y por qué no estaba allí para hacerlas callar.

Cuando se acostó esa noche, agotada, se encontró además insatisfecha, y se preguntó si Salman habría perdido todo el interés en ella.

Esa noche soñó con él y se despertó sudando y con una sensación de insatisfacción todavía mayor.

Cuando tuvo que levantarse para ir a trabajar, se preguntó si todos los días iban a ser iguales. Era una causa perdida.

A media mañana aproximadamente, se presentó en los establos una de las camareras del castillo, con una nota metida en un sobre.

Jamilah se giró a leerla con el corazón en un puño. Reconoció la letra nada más verla: ¿Tu día de ayer fue tan duro como el mío? Te deseo, Jamilah…

Despidió a la chica, que se había quedado esperando por si quería enviar una contestación, y tardó un par de horas en recuperarse. También tardó mucho en calmar el tumulto de emociones que tenía dentro: se sentía aliviada porque Salman no se había olvidado de ella, estaba enfadada consigo misma por estar como una adolescente enamorada, enfadada con él por querer que lo suyo continuase después de lo que le había dicho en París, y enfadada con su cuerpo por desear tanto verlo.

Estaba pensando en todo aquello cuando su teléfono móvil pitó. Jamilah leyó el mensaje: ¿Has leído mi nota?

Ella lo pensó un momento antes de responder: Sí. No me interesa continuar con esta conversación. Estoy muy ocupada.

Un segundo después llegaba otro mensaje: Yo también estoy ocupado. Por si no te has dado cuenta, soy el soberano en funciones de Merkazad. No obstante, no logro concentrarme.

Jamilah se dio cuenta de que estaba sonriendo y se puso seria. Luego cerró el teléfono y volvió al trabajo. Pero según fue pasando el día, siguió recibiendo sobres, con notas cada vez más explícitas acerca del estado de excitación de Salman.

Al final del día, Jamilah estaba también excitada, pero se negaba a ir a ver a Salman.

Su única esperanza estaba en quedarse en los establos, aunque odiase utilizarlos para aquello.

Al día siguiente ocurrió lo mismo. Nota tras nota. Mensaje tras mensaje. Dejó de leerlos porque se estaba volviendo loca, pero sólo porque no podía dejar de pensar en las cosas que le decía Salman.

Esa noche, cuando sonó el teléfono que tenía al lado de la cama, respondió molesta:

–¿Sí?

Y oyó una risa.

–¿Por qué estás tan gruñona? ¿No puedes dormir? ¿Estás demasiado caliente?

Jamilah agarró el teléfono con fuerza y se obligó a hablar en tono frío:

–De eso nada. Al contrario que tú, he estado todo el día muy

ocupada.

Él volvió a reír.

–Por suerte, soy muy polifacético y puedo hacer muchas cosas a la vez. Aunque no ha sido fácil escribirte esas notas mientras oficiaba un acto público.

Jamilah contuvo la risa al imaginárselo. No podía creerse que estuviesen actuando como dos adolescentes. Apretó las piernas por si Salman podía notarle por teléfono lo húmeda que estaba.

–¿Estás en la cama?

–No –mintió Jamilah inmediatamente.

–Mentirosa –rió él–. ¿Qué llevas puesto?

–Dado que no estoy en la cama, llevo unos vaqueros y una camisa.

–Mentirosa. Deja que lo adivine. Llevas una camiseta y unas braguitas, ¿a que sí? Eso es lo que te pones cuando no estás desnuda conmigo.

–No, la verdad que llevo un pijama abrochado de los pies hasta la cabeza.

–Vas a ir directa al infierno de tanto mentir, Jamilah Moreau.

–Pues va a estar abarrotado, nos veremos allí.

–Touché –respondió él, haciendo que Jamilah se sintiese mal–. ¿Sabes en qué estoy pensando ahora mismo?

–Creo que prefiero no saberlo, Salman. La verdad es que estoy muy cansada…

Él la interrumpió.

–Estoy imaginándote aquí tumbada con el pelo suelto, con una camiseta que te deja la cintura al descubierto. Estoy pensando en cómo se te ciñe a los pechos, lo mismo que las braguitas a las caderas. Estoy pensando en cómo me gustaría quitarte la camiseta para disfrutar de esos pechos con la vista, para ver cómo se te endurecen los pezones, rogándome que los acaricie, para que mi lengua…

–Salman –le dijo ella en tono débil, bajando la mano sin querer hacia abajo.

–¿Salman, qué? ¿Que pare? No quieres que pare. Me quieres contigo, para que te chupe los pechos hasta que arquees la espalda mientras te acaricio entre las piernas…

Jamilah se llevó las manos allí y eso le hizo volver a la fría

realidad. Se sentó bruscamente en la cama y colgó el teléfono. Cuando volvió a sonar un segundo después, arrancó el cable de la pared.

Y no pudo dormirse hasta que empezó a bajarle el calor.

Al día siguiente, Jamilah decidió aferrarse a su determinación de no ceder, a pesar de ser cada vez más débil. Esa mañana llegaron más notas, pero no pudo leerlas. Las devolvió sin abrir.

Así que más tarde, cuando oyó llegar a un jeep, se dio la vuelta con el corazón acelerado y sintió que su determinación se venía abajo.

Salman bajó del vehículo y ella se sintió débil de deseo, pero supo que no podía ceder.

Él la miró fijamente unos segundos antes de decirle:

–Ven al castillo conmigo, Jamilah.

Ella negó con la cabeza y retrocedió a pesar de que su cuerpo le gritaba que hiciese lo contrario. En ese momento, uno de los mozos del establo sacó un caballo muy cerca de allí. Salman miró al caballo y luego a ella.

Se había puesto pálido, apretó los dientes y murmuró:

–Maldita seas, Jamilah. No estoy preparado para esto.

Y luego volvió a subirse al jeep y se marchó, haciendo que se sintiese como si hubiese hecho algo muy cruel, dejándola con la sensación de que podía hacerle daño y eso la impactó.

Seguía allí parada cuando Abdul salió de uno de los establos. Éste sólo la miró y sacudió la cabeza, y Jamilah se sintió todavía peor.

Esa noche casi no pudo dormir. Como era de esperar, al día siguiente no hubo más notas ni llamadas de Salman. Y ella siguió sintiéndose culpable al tiempo que seguía convencida de que no debía ceder a la atracción que sentía por él.

Empezó a trabajar aturdida y a las cuatro de la tarde, cuando sonó el teléfono en su despacho, estaba agotada.

La llamada hizo que le entrasen ganas de llorar. Tenía que ir en helicóptero a un oasis aislado en el que había un pueblo beduino. Y teniendo en cuenta la hora del día que era, lo más probable era que tuviese que hacer noche.

Al parecer, una yegua no podía parir y su dueño temía por su vida y la del potro. Recogió sus cosas y llamó al piloto del helicóptero antes de ir hacia la plataforma que había detrás del castillo. De camino, intentó no pensar en el hombre que había dentro de él… en algún lugar.

Sobrevolaron el montañoso y escarpado terreno y a Jamilah se le encogió el corazón de la emoción por aquel país en ocasiones tan inhóspito. Los beduinos eran quienes habían luchado contra los invasores muchos años antes, y quienes habían salvado al jeque y a su familia de la cárcel. Quienes habían salvado a Salman.

Jamilah vio el pueblo a lo lejos, un minúsculo paraíso verde en aquel paisaje lunar. Estaban muy cerca cuando vio que había un jeep esperándola y eso levantó sus sospechas, pero se dijo a sí misma que estaba exagerando.

Cuando bajó del helicóptero la estaba esperando un chófer que la llevó al pueblo. Una vez allí, no vio a los aldeanos ni a ningún niño esperándola, como solía ocurrir siempre que iba, ya que siempre les llevaba algo. Se aseguró a sí misma que se debía a que era tarde.

Pero entonces vio una tienda enorme. El tipo de tienda que utilizaba Nadim cuando viajaba por el país. Y empezó a picarle todo cuando vio que el jeep se detenía delante. Jamilah salió y, en ese momento, oyó cómo despegaba el helicóptero.

Entonces vio salir de la tienda a un hombre alto, moreno e imponente, vestido con la ropa de ceremonia de Merkazad. Cómo no se lo había imaginado… Salman.

Capítulo 9

El jeep giró y se marchó y Jamilah miró fijamente a Salman y sintió un horrible deseo por él. A pesar de haberlo visto el día anterior, lo había echado de menos. Se le aceleró el pulso y deseó poder correr a abrazarlo y besarlo al mismo tiempo, pero el descaro de su gesto la dejó sin aliento.

No iba a permitir que se diese cuenta de cómo estaba. Tenía que resistirse a él. Porque era evidente que Salman iba a volver a dejarla y ella jamás lo superaría. ¿Cómo iba a hacerlo, después de conocer su secreto? ¿Su vulnerabilidad?

Agarró con fuerza el bolso que llevaba colgado del brazo y lo fulminó con la mirada, y Salman se sintió débil por un instante. Nunca había visto a Jamilah tan guapa. Iba vestida con unos vaqueros desgastados, camisa y botas, sin maquillar y con el pelo recogido en una coleta medio deshecha. Tuvo la sensación de que hacía un siglo que no la veía.

Ella levantó la barbilla y le dijo en tono helado:

–Supongo que no hay ninguna yegua pariendo.

Él negó con la cabeza, con la mandíbula apretada, y se cruzó de brazos.

–¿Así que ahora secuestras a la gente? Muy original para un gestor de fondos. Pero creo que deberías ahorrar tu ingenuidad para alguien que quiera que lo secuestres.

A Salman se le hizo un nudo en el estómago al oírla hablar en aquel tono. No obstante, no podía dejarla marchar. La necesitaba demasiado.

Jamilah se dio la vuelta y echó a andar hacia el pueblo.

–Voy a buscar un caballo para volver a Merkazad. Sólo tardaré un día o dos.

Pero él la agarró por detrás e hizo que entrase en la tienda antes de que le diese tiempo a protestar. El interior estaba iluminado con cientos de pequeñas lámparas y los muebles eran muy lujosos. En el medio de la tienda había un diván bajo, cubierto de echarpes de satén y seda. Parecía un escenario de seducción sacado de una película.

Salman la dejó en el suelo y ella se giró y notó que se le deshacía del todo la coleta.

–¡Quieres dejar de hacer eso!

–El helicóptero volverá dentro de tres días. Lo mismo que el jeep. Y tú no vas a conseguir ningún caballo, porque nadie te lo va a prestar –le informó él en tono calmado.

¡Tres días!

–¿Y por qué demonios quieres que estemos tres días aquí aislados?

Salman apretó la mandíbula.

–Porque hemos perdido tres días por tu culpa.

Ella se sintió avergonzada, pero le contestó:

–Tengo que dirigir los establos, Salman. Y vivo en ellos. Aunque creo que ya no podríamos estar más lejos, ¿no?

Él palideció al instante y ella se arrepintió de sus palabras. Lo vio retroceder y levantó una mano.

–Salman, lo siento. No debía haber dicho eso.

Salman volvió a retroceder y Jamilah se sintió atraída hacia él. Lo vio pasarse una mano por el pelo y reír con amargura.

–Tienes razón. Es patético. No aguanté ni un minuto en ese sitio.

Jamilah le tomó la mano y le dijo en tono dulce, ya sin rencor:

–Es normal, después de lo que te obligaron a hacer allí.

Él la miró a los ojos.

–No sé si prefiero que te resistas y me bufes, o que te compadezcas de mí.

Jamilah negó con la cabeza.

–No me compadezco de ti, Salman. No es compasión es… comprensión.

Él bajó la cabeza y la besó en los labios, y Jamilah no pudo evitar responder, aunque luego encontró fuerzas para apartarse de él y decirle con la respiración entrecortada:

–No puedo hacerlo, Salman. Te lo dije en París. No puedo ser tu juguete sólo porque esté aquí y sea fácil. Y no voy a quedarme tres días aquí contigo.

–Créeme, si no supiese que me deseas, te dejaría en paz.

–¿Y qué esperas? ¿Haber agotado ese deseo en tres días?

Él sonrió.

–Espero que dentro de tres días estemos agotados, sí. Y tal vez que podamos recuperar la cordura, porque una cosa es segura: no

me he sentido cuerdo en lo que a ti respecta desde hace mucho tiempo.

De repente, Jamilah supo que para ella era muy importante saber algo.

–Esa noche… en París, hace seis años… ¿Saliste con aquella mujer, tal y como me dijiste que ibas a hacer?

Él negó muy despacio antes de contestar.

–No… No volví a verla, salvo en el trabajo. Y créeme, no le gustó nada que le diese plantón. Lo cierto es que esa noche salí solo y me emborraché. Ha sido la única borrachera de toda mi vida.

Jamilah se alejó de él y se dio la vuelta para que no pudiese verle la cara, hizo acopio de fuerzas y luego volvió a mirarlo.

–No voy a darte estos tres días, Salman. Tengo cordura suficiente para los dos, créeme. Estás aburrido y frustrado porque, por una vez en la vida, no has conseguido lo que quieres y, sencillamente, no lo soportas.

Él se acercó y la agarró por la cintura. Echaba chispas por los ojos.

–Te estás poniendo muy pesada con eso de verme como a un playboy irresponsable y petulante, Jamilah.

Y esto va mucho más allá de unas emociones tan superfluas.

Ella se puso tensa, sabía que no podría resistirse mucho más.

–Bueno, ¿qué quieres que piense, cuando utilizas tu poder para conseguir lo que quieres?

A Salman aquello le caló muy hondo, pero hizo un esfuerzo porque no se le notase. Era cierto que nunca le había costado tanto llevar a una mujer a su cama. Nunca se había sentido tan obsesionado por una mujer. Bueno, sí, pero por aquella misma mujer.

Siempre había ocupado un lugar en su mente. Se dio cuenta en esos momentos. Con dieciséis años, cuando se había marchado de Merkazad, le había tocado la mejilla a pesar de que, en realidad, lo que había deseado era besarla.

–Te deseo, Jamilah. Eso es lo único que importa aquí. Estamos solos. A kilómetros de la civilización. Ha caído la noche.

Ella parpadeó como una tonta y vio a través de las lujosas cortinas de la puerta que, efectivamente, era de noche. Las estrellas brillaban en el cielo junto con media luna y las criaturas de la

noche llenaban el aire con sus gorjeos y ruidos. Y ella ni siquiera se había dado cuento.

–Debes de estar cansada y hambrienta. ¿Por qué no te lavas y cenamos?

Le dijo aquello como si no la hubiese secuestrado, como si no estuviesen en un lugar remoto y mágico de Merkazad, como si todo fuese normal. Jamilah lo vio ir hacia un extremo de la tienda y tomar una enorme caja dorada. Salman la dejó sobre la cama y la miró.

–Te he traído algo de ropa.

Ella se derritió por dentro, pero al mismo tiempo se aferró a su determinación de no ceder.

–No me pondré ropa que no sea mía, Salman. Esto es ridículo. No soy tu amante.

Luego apretó los labios antes de continuar:

–Pero tengo hambre y estoy cansada. Y veo que voy a tener que pasar la noche aquí. Me lavaré y cenaré, y luego me acostaré. Sola. Con mi ropa. No sé dónde vas a dormir tú esta noche, pero lo menos que puedes hacer es dejarme tu tienda.

–Llamaré a una de las chicas para que venga a ayudarte –le respondió él en tono suave–, y para que sirva la cena.

Jamilah fue hacia la zona del baño, donde brillaban cientos de velas. El corazón se le encogió un instante. En otras circunstancias le habría encantado semejante escenario, pero no en aquel momento, ni con aquel hombre. Aunque… ¿con cuál entonces?

Entonces oyó un ruido y vio entrar a una joven beduina, vestida de negro de los pies a la cabeza. Ésta empezó a llenar una ornamentada bañera y le dio a Jamilah un albornoz para que se cambiase. Ésta conocía el ritual, a pesar de ser la primera vez que lo hacía, ya que solía estar reservado a los miembros de la familia real, a la jequesa y a las amantes del jeque.

Sólo de pensarlo se quedó helada. ¿Era ella la amante de Salman? Porque así era como se trataba a las amantes. Sintió asco, pero, al mismo tiempo, le gustó.

Se puso el albornoz y vio cómo la chica se llevaba su ropa, y no pudo evitar meterse en el agua caliente y perfumada con aceites de rosa. Por un segundo, se olvidó del laberinto de emociones que tenía dentro y de lo enfadada que estaba con Salman. Aquello era

una bendición…

Salman entró en la tienda para ver que la cena se estaba preparando tal y como él había indicado. Oyó un ruido en la zona del baño y se imaginó a Jamilah allí desnuda.

Y no pudo evitarlo, se acercó. La oyó gemir suavemente de placer, oyó el chapoteo del agua y todo su cuerpo se puso tenso. A través de una rendija del biombo que la tapaba vio el cuerpo desnudo de Jamilah y se quedó paralizado.

Jamilah se quedó inmóvil un instante, con el jabón entre las manos. Alguien la estaba observando. Podía sentirlo. Y sabía que era Salman. Podía sentir su presencia a más de un kilómetro de distancia.

De repente, supo que tenía el poder, así que se enjabonó los brazos muy despacio, y después los hombros.

Con los ojos medio cerrados, se lavó los pechos y se excitó sólo de pensar en que Salman la estaba viendo. Se acarició los pezones ya erguidos y gimió de placer. Se suponía que estaba haciendo aquello para provocarlo a él y, no obstante…

Atrapó un pezón con los dedos y se lo apretó hasta sentir todavía más calor en el vientre. Y llevó la otra mano debajo del agua, entre sus piernas.

No salió de aquel estado de ensoñación hasta que oyó una especie de gemido al otro lado del biombo. Entonces, se sentó bruscamente y se preguntó qué le había pasado para hacer aquello.

Un momento después llegaba la chica y ella le arrebataba la toalla de las manos. Le preguntó que dónde estaba su ropa, pero ésta le contestó que el jeque le había dicho que se la llevase y le diese otras.

–Sólo quiero mi ropa –insistió ella.

La chica la miró agobiada y Jamilah se sintió mal.

–Gracias por el baño y los aceites… pero el resto puedo hacerlo sola. ¿Puedes traerme la ropa que te han dado para que me cambie?

La chica volvió poco después con la enorme caja y sacó de ella una especie de caftán en tonos plata y azul zafiro. Jamilah se quedó paralizada al verlo.

–Es muy bonito, ¿verdad? –comentó la chica.

–Sí, muy bonito –repitió ella.

E iba acompañado de un conjunto de ropa interior de delicado encaje, también en color azul. Jamilah odió tener que vestirse a gusto de Salman, pero lo hizo. La chica le cepilló el pelo y se marchó.

Ella respiró hondo y salió de detrás del biombo para ver a Salman en la puerta de la tienda. Se le hizo un nudo en el estómago y apretó la mandíbula y los puños.

No podía ver la expresión de Salman. Estaba demasiado lejos y entre las sombras, pero sólo podía pensar en cómo había sentido que la estaba observando y cómo se había acariciado a sí misma.

Y entonces, de repente, Salman entró en la tienda. Las cortinas se cerraron tras de él y fue como si se hubiesen quedado encerrados, a solas, en la tienda, en un oasis apartado en la zona más oriental de Merkazad.

Salman se acercó a una mesa llena de suculenta comida. Sólo el olor era delicioso y Jamilah se acercó, hambrienta, negándose a mirar a Salman a los ojos.

–Nunca te había visto tan bella como esta noche –le dijo él con voz ronca.

Y a ella le gustó oírlo y tuvo que hacer un esfuerzo para no responderle que él también estaba imponente.

–Espero que merezca la pena –replicó–, después de las molestias que te has tomado para traerme aquí.

–Merecerá la pena, Jamilah –le prometió él–. Y el placer no será sólo mío. Me aseguraré de ello.

–Puedes ahorrarte los detalles, Salman, porque no vas a dormir en mi cama esta noche.

Él se echó a reír y le hizo un gesto para que se sentase. Estaba seguro de que, antes o después, Jamilah cedería al deseo. Tomó una bandeja llena de deliciosos bocados y se la ofreció.

Ella aceptó la bandeja y se dio cuenta de que en ella estaba todo lo que le gustaba. Se le encogió el corazón. Entonces vio que Salman servía champán para los dos. Arqueó una ceja e intentó no recordar que la única vez que se había emborrachado había sido por ella. Al menos, seguía teniendo sentimientos…

Salman le sonrió y levantó la copa:

–Por nosotros, Jamilah.

Ella le devolvió la sonrisa y chocó su copa contra la de él.

–Por mí. Y por lo bien que voy a dormir en esta preciosa tienda, yo sola.

Salman se echó a reír y bebió de su copa. Y Jamilah se quedó momentáneamente petrificada, observando el movimiento de su garganta morena. Sintió deseo y apartó la vista para empezar a comer, y estuvo a punto de atragantarse con una deliciosa gamba cuando Salman le dijo:

–Me ha divertido mucho nuestra correspondencia de los últimos días, aunque no me respondieses y eso me dejase algo… insatisfecho.

Jamilah se limpió la boca con la servilleta. Tenía reconocer que a ella también le había gustado.

Salman le agarró la mano por encima de la mesa y ella tuvo que mirarlo a los ojos.

–¿Estabas pensando en mí… hace un rato en la bañera? Debías de saber que te estaba espiando…

Ella se quedó embelesada y no fue capaz de contestar ni de moverse. Tardó unos segundos en responder con voz temblorosa:

–No sé de qué me estás hablando.

Salman sonrió.

–Ya te he dicho antes que admiro mucho tu sinceridad. No se te da bien mentir.

Jamilah apartó la mano y continuó comiendo, a pesar de que, de repente, se había quedado sin apetito. Sólo podía imaginarse la lengua de Salman en la comisura de sus labios.

Dejó la servilleta y vació la copa de champán de un sorbo. Se preguntó cómo habría conseguido Salman organizar todo aquello, pero contuvo la curiosidad y forzó un bostezo, se levantó y se dispuso a reiterarle su intención de dormir sola.

Él se puso de pie al otro lado de la mesa y le tendió una mano, que Jamilah ignoró. Él intentó controlar la ira y la frustración.

–Sabes que no voy a marcharme a ninguna parte –le dijo.

Jamilah lo miró de manera desafiante, pero él vio algo más, vio vulnerabilidad. Y pensó que no quería lidiar con aquello. Sólo deseaba a Jamilah. Y ella lo deseaba también.

Salman se acercó a la cama y empezó a desvestirse.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó ella presa del pánico.

Él se giró, seguro de sí mismo.

–Prepararme para irme a la cama.

–¿Y adónde voy a ir yo?

–Esta cama es perfecta.

–Sí, pero no contigo dentro.

Salman la ignoró y siguió desnudándose. Y Jamilah no pudo evitar observar su impresionante cuerpo a la luz de los cientos de velas encendidas. Se le secó la garganta.

No sabía por qué deseaba tanto salir corriendo de allí. Entonces él se giró despacio y fue como si el ambiente se calentase.

–Jamilah…

A ella le costó apartar la vista de su erección y presenció cómo Salman la tomaba con su mano y empezaba a acariciarse solo.

–Jamilah… me estás torturando. Te necesito.

Ella levantó por fin la mirada, notó que su cuerpo se movía hacia él, pero negó con la cabeza.

–No, no puedo. No voy a hacerlo, Salman.

Y se giró para no seguir viéndolo. Estaba temblando y sabía que, si Salman la convencía, jamás podría olvidarse de él.

Salman apoyó las manos en sus hombros y la hizo girar. Jamilah notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

–Por favor, Jamilah, no llores… –le rogó él.

Y ella se sintió como el día que había enterrado a sus padres. Cuando Salman le había dicho que no llorase, que fuese fuerte. Se le aceleró el corazón. Lo amaba. Amaba a aquel hombre más que a nada en el mundo. Y ya era demasiado tarde para salvarse.

Las lágrimas empezaron a correr por su rostro al reconocerlo y sintió que algo cambiaba en su interior. ¿Cómo podía apartarse de él? Estaban en un oasis en el desierto, en aquel momento…

–No te voy a obligar a nada, si vas a disgustarte tanto. No quiero verte así. Sólo pensé que me deseabas tanto como yo a ti… que querías resistirte para darme una lección… porque sabes cuánto te necesito.

Su ternura hizo que Jamilah se viniese completamente abajo y el hecho de que Salman no se comportarse de manera dominante, la debilitó todavía más. Confiaba en él. Lo creía y sabía que, si le pedía que la dejase en paz, la dejaría. Pero, de repente, era lo último que quería.

Negó con la cabeza y le acarició el rostro. Salman se puso tenso.

–No, no era eso lo que quería, Salman, pero ya da igual. Ahora mismo ya no me importa nada, y no puedo seguir resistiéndome.

Se apretó contra él y notó la erección en su cuerpo.

–Hazme el amor, Salman. Te necesito demasiado.

Él esperó, como si no pudiese creerlo, y luego la abrazó con fuerza. Jamilah supo que, en algún momento, tendría que lidiar con las consecuencias de aquella decisión, pero ya lo haría.

En ese instante necesitaba a Salman más que nunca.

Salman la tomó en brazos y la llevó a la cama, donde la tumbó como si fuese la cosa más delicada y valiosa del mundo…

Un par de horas más tarde, Salman estaba despierto en la cama, con el sedoso pelo de Jamilah acariciándole el torso y sus pechos apoyados en el costado. Nunca se había sentido tan saciado. Suspiró profundamente.

Jamilah había capitulado, pero eso no hacía que se sintiese triunfante. Jamás había deseado tanto a una mujer. Y cuanto más la tenía, más la deseaba. Eso le dio pánico porque sabía que no podría dejarla y continuar con su vida. Verla llorar un rato antes le había sentado como una patada en el estómago. Sabía que no tenía que haberla obligado a ir allí, pero era débil, y la necesitaba, y la fuerza de esa necesidad todavía lo sorprendía.

Se negó a pensar que había empezado a necesitarla más desde que le había abierto su alma en París, pero eso era lo que se temía. Jamilah era la única persona que sabía lo que le había ocurrido, pero no lo utilizaría contra él.

Era como un rayo de sol del que estaba disfrutando, aunque sabía que lo suyo no podría durar porque ella querría tener una vida normal. Con alguien que no escondiese en su interior imágenes de degradación y dolor. Se le encogió el corazón al pensar que tendría hijos con otro.

Entonces notó cómo se alteraba su respiración y la cambió con cuidado de postura para ponerle las piernas alrededor de la cintura y poder acariciarle entre los muslos con la punta de la erección.

–Salman… –dijo ella en voz baja y profunda.

Él la besó y un segundo después la estaba penetrando. Se movió dentro de ella hasta que vio que abría los ojos y lo miraba. Después de varios minutos de tortura, Jamilah se mordió el labio y echó la cabeza hacia atrás, entregándose a la intensa explosión de su cuerpo.

Salman se dijo que era sexo. Y que eso sí que podía controlarlo. Sólo tenía que conseguir que no fuese más allá.

Capítulo 10

Dos noches después, Salman miró a Jamilah, que estaba sentada al otro lado de la mesa y ésta le respondió con una mirada provocadora. Él notó como un cosquilleo en el pecho y volvió a sentir deseo.

Se maldijo por haber escogido aquella ropa para ella, que se había puesto un vestido de seda de tirantes muy finos y generoso escote. Se le pegaba al cuerpo y le llegaba a las rodillas, dejando al descubierto sus esbeltas pantorrillas y delgados tobillos. Estaba todavía más sexy sin zapatos. Se había recogido el pelo de manera descuidada y no iba maquillada.

Esa tarde se habían bañado desnudos en una charca y después, Jamilah se había inclinado sobre él y lo había tomado con la boca, haciéndolo enloquecer y perder el control. Salman jamás olvidaría la expresión de satisfacción de su rostro al ver que estaba completamente a su merced. Como si su misión fuese castigarlo por haberla llevado allí.

Jamilah miró a Salman con impaciencia en ese momento, haciéndolo volver al presente.

–Siempre que te hablo de algo personal, te encierras en ti mismo.

–Yo creo que ya hemos hablado suficiente –le advirtió él.

–Sí, hemos hablado de lo que te ocurrió de niño… pero ¿qué hay de todo lo demás? ¿Nadim? ¿Tu vida?

Él notó cómo se cerraba por dentro.

–No tengo nada que contarte. Es todo muy aburrido. Quise marcharme de Merkazad desde los ocho años, y en cierto modo siempre he culpado a Nadim de lo que me ocurrió, aunque ahora sé que no tiene sentido, y he conseguido ganar mucho dinero.

Salman sonrió y Jamilah se estremeció.

–No intentes psicoanalizarme. Mi vida es, tal y como tú misma dijiste en una ocasión, fría e impersonal. Y así es como me gusta.

Ella supo que no debía insistir, pero no pudo evitarlo.

–¿Qué pasa? ¿Que no quieres que vuelvan a hacerte daño? Eso es imposible, Salman. Nos abrimos al dolor cada minuto que vivimos, pero también nos abrimos a una increíble alegría.

Él se quedó callado. Lo de la increíble alegría le era

completamente desconocido, a pesar de estar empezando a descubrirla allí, con ella. Se dijo a sí mismo que la alegría no estaba hecha para él. No la merecía. Y Jamilah estaba a punto de hacer caer todo su mundo por un precipicio.

Se levantó y la levantó a ella sin hacer ningún esfuerzo para llevarla en brazos hasta la bañera, que habían estado preparando mientras ellos cenaban.

Jamilah se ruborizó al imaginar lo que la gente del pueblo debía de pensar de ellos.

Los dos días anteriores habían pasado tan pronto que le dio miedo. Estaban realmente encerrados en una burbuja de sensualidad y les daba igual lo que ocurriese en el mundo exterior.

Salman empezó a desnudarla y ella se sintió mal un instante, pero se dijo que ya se ocuparía de eso cuando volviese a Merkazad. Tendría el resto de su vida para lamentarse.

Salman le dijo que se metiera en el baño y empezó a desnudarse también.

–Quiero que te toques como hiciste la otra noche –le pidió después.

Y ella tomó el jabón y volvió a dejarse llevar por la magia del momento.

A la mañana siguiente, sentada en un banco fuera de la tienda, Jamilah observó como unos niños se ocupaban de unos caballos cerca de allí.

Casi no había podido dormir, pensando que había llegado el tercer día y debían volver a Merkazad. Sabía que tenía dos opciones: ignorar a Salman de nuevo una vez allí, o intentar que lo suyo continuase, arriesgándose a que volviese a hacerle daño.

Oyó un ruido a sus espaldas y se levantó, preparándose mentalmente para lo que la esperaba.

Salman se había despertado y se había encontrado solo. Se estaba poniendo unos vaqueros cuando ella apareció en la puerta, vestida con sus vaqueros y camisa.

–Buenos días –le dijo, todavía medio dormido, acercándose a ella.

Le agarró el rostro y le dio un beso en los labios para intentar

tranquilizarse, pero la notó rígida.

–No, Salman. Se ha terminado. Hoy volvemos a casa, y no quiero volver a pasar por esto. Esta vez se ha terminado. De verdad.

–¿Por qué tiene que terminarse, Jamilah, si estamos tan bien juntos?

–Porque no quiero ser una masoquista, Salman. Ya me hiciste mucho daño una vez.

–Pero esta vez es diferente. Nosotros somos diferentes. Ya sabes por qué lo hice…

–Sí, pero yo también tengo que hacerte una confesión. Estaba enamorada de ti. No soy un robot. Tal vez tú puedas controlar tus sentimientos, pero yo, no.

Él sintió calor al oír aquello y se sintió desesperado al pensar en que iba a perderla.

–Quédate aquí conmigo un par de días más… hasta que Nadim vuelva.

–No. No me interesa continuar con una relación en la que sólo hay sexo. Lo quieras admitir o no, tenemos una relación. Y cuando uno tiene una relación, tiene que abrirse. En realidad, no ha cambiado nada desde hace seis años, y cuando vuelvas a dejarme para retomar tu vida, seré yo quien sufra otra vez.

–¿Qué quieres, Jamilah? –inquirió él enfadado–. ¿Que te cuente más historias sórdidas? ¿Como el día que los soldados me trajeron a una de las camareras del castillo y la utilizaron para hacerme una demostración de lo que tenía que hacerle un hombre a una mujer? ¿Es eso lo que quieres? ¿Crees que eso nos permitirá proseguir con esta aventura?

Salman vio palidecer a Jamilah y se maldijo.

Ella sacudió la cabeza con tristeza. El hecho de que Salman llamase a aquello una aventura la rea firmó en su decisión de terminar con él.

–Lo siento, Salman, siento mucho que tuvieses que presenciar aquello, pero no me refería a eso. Me refería a algo que crece entre dos personas cuando… se importan, y tú ni siquiera admites que tengamos eso. Te hablaba de los detalles banales de nuestras vidas, de nuestros sueños y esperanzas.

–Me pides demasiado –le respondió él–. Es algo para lo que no estoy preparado.

–Sé que has vivido cosas horribles y entiendo que te hiciesen creer que nadie es bueno, pero no tiene por qué ser así. Lo que te ocurrió a ti no tiene por qué ocurrirle a nadie más.

–¿Y tú cómo vas a saber cómo fue?

–Exacto, no puedo saberlo si no me lo cuentas. Inconscientemente, Jamilah se llevó una mano al vientre.

–No sé por qué te dejé pensar que aquel bebé que perdí no era tuyo, Salman, ¡pero lo era! Era tuyo y mío, y murió antes de tener la oportunidad de vivir.

Jamilah se encogió de dolor sólo de recordarlo. Se sintió enfadada, furiosa.

–¿Sabes qué? Que me alegro, porque habrías sido un padre horrible. Te aferras a tu pasado y ni siquiera mereces ser amado.

Salman vio, sorprendido y aturdido, cómo Jamilah salía de la tienda. Un bebé. Su bebé. No era posible. Pero estaba seguro de que Jamilah no le mentía. Entonces, recordó lo que le había dicho el médico: que tenía que hacerse controles periódicos para asegurarse de que la operación había tenido éxito, pero, por supuesto, no lo había hecho.

Recordó el dolor en los ojos de Jamilah la noche que le había dicho que había tenido un aborto y se maldijo. Salió fuera y, de repente, la vio aparecer a lomos de un caballo.

–¡Jamilah! –le gritó, furioso y asustado. No podía moverse, sólo podía ver cómo Jamilah acercaba el caballo a él.

–Al menos, sé que así no me seguirás –le dijo ella con tristeza antes de dar la media vuelta al animal y alejarse de allí.

Salman pasó horas yendo y viniendo por la tienda. Había dado órdenes y estaba esperando los resultados, pero no llegaba nadie y no había señales de Jamilah.

Sólo respiró aliviado cuando por fin oyó llegar al helicóptero. Ya podía volver a Merkazad y hablar con ella. Sabía que, al menos, tenía que darle una explicación.

Pero entonces sintió miedo al pensar en Jamilah sola por un terreno tan abrupto, pidió bruscamente que llamasen al médico y, sin pensarlo, apretó la mandíbula y se subió a lomos de un caballo, sabiendo que aquélla sería la mejor manera de localizarla.

No había montado a caballo desde los ocho años, pero no se le había olvidado. Rezó por poder recuperar a Jamilah. Si le ocurría

algo… No, prefería no pensar en eso.

El caballo empezó a aflojar el paso después de media hora galopando. Estaban a kilómetros de la civilización, en una zona árida y rocosa como la luna.

–¡Jamilah! –gritó Salman con la voz ronca de tanto llamarla.

Detuvo el caballo y miró a su alrededor, pero no vio nada. Y, entonces, lo oyó, débil, pero claro.

–¡Márchate!

Y él hizo que el caballo avanzase en dirección a la voz.

–Jamilah, habiba, ¿dónde estás?

–No soy tu habiba. Déjame en paz. Estoy bien.

Y él continuó hasta encontrarla sentada en una roca, con un golpe en la cabeza y sangre en la frente.

–Estás sangrando.

Ella se alegró de oír su voz y, al mismo tiempo, deseó levantarse y darle puñetazos en el pecho hasta calmar el dolor que sentía por dentro.

–El caballo se ha asustado y me ha tirado –admitió sin levantar la cabeza para mirarlo.

Él le acarició el pelo y estudió el golpe. Jamilah oyó que Salman se rompía la camisa y notó que le ponía algo húmedo en la frente.

Tenía mucha sed, pero no quería admitirlo, así que se sintió aliviada al ver notar que Salman le ponía una botella de agua en los labios.

Por primera vez, lo miró a los ojos. Y se atragantó con el agua. El aspecto de Salman era salvaje, con los ojos muy oscuros y el rostro blanco, cubierto de polvo.

–Me ahorraré la charla para otro momento. ¿Te duele la cabeza o alguna otra cosa? –le preguntó él.

–Es sólo un chichón –dijo ella–. Y creo que me he torcido un tobillo.

Salman le levantó el pantalón y, le quitó la zapatilla y, efectivamente, vio que tenía el tobillo hinchado. Se puso muy serio.

–Tenemos que volver a Merkazad.

La tomó en brazos y fue entonces cuando Jamilah se dio cuenta

de cómo había llegado hasta allí.

–Has venido a caballo –balbució como una tonta.

–No me lo recuerdes –le respondió él.

Y luego la subió a la silla con cuidado y se colocó detrás de ella.

Jamilah se sintió protegida entre sus brazos.

Estaban llegando al pueblo cuando se encontraron a un grupo de personas que había ido a buscarla, entre ellas, el médico y la muchacha que la había ayudado la primera noche.

A Jamilah se le encogió el corazón al oír a Salman darles órdenes. Parecía estar transformándose delante de sus ojos en el hombre que había nacido para ser.

Unos minutos más tarde la había atendido el médico, y le había vendado el tobillo y la cabeza, a pesar de pensar que no tenía nada importante. Y Salman la llevó hasta el jeep que los estaba esperando. A pesar de todo lo ocurrido, cuando despegaron en el helicóptero un rato después, Jamilah se emocionó al pensar que se marchaban del oasis y los ojos se le llenaron de lágrimas. Miró a Salman, preocupada porque éste se hubiese dado cuenta de su emoción.

Pero él estaba más serio de lo que lo había visto en toda su vida. Jamilah había estado a punto de matarse por alejarse de él, y poco antes le había contado que había estado a punto de ser padre. Y, al contrario de lo que habría imaginado, no sentía náuseas sólo de pensarlo, sino que tenía una sensación de pérdida. Miró a Jamilah, que tenía la cabeza girada hacia el otro lado.

Y suspiró. Si en algún momento de las últimas semanas Jamilah no lo había odiado tan intensamente como en París, acababa de estropeárselo.

–Salman, márchate. No hace falta que te quedes aquí.

–No me voy a ninguna parte. Y claro que hace falta que me quede contigo, tienes una contusión. Jamilah suspiró e intentó calmarse.

–Puede quedarse conmigo alguna de las chicas.

–Voy a quedarme yo, te has caído de ese caballo por mi culpa.

Jamilah volvió a suspirar y cerró los ojos.

Esa tarde, al llegar a Merkazad, habían ido directos al hospital. Allí le habían hecho más pruebas y, después, la habían llevado a la suite real del castillo y le habían servido una deliciosa cena. Y todo bajo la atenta supervisión de Salman.

De repente, lo oyó decir:

–Tengo un buen motivo para no haber pensado que tu bebé podía haber sido mío.

–Sí –replicó ella–, que piensas que eres infalible y no te parecía posible que hubiese podido pasarte algo tan humano.

Él dejó escapar una carcajada y Jamilah abrió los ojos y vio dolor en su rostro.

–Me hice una vasectomía con veintidós años –continuó Salman–. Y tienes razón, debido a mi arrogancia, di por hecho que la operación habría salido bien y no me hice las pruebas posteriores para confirmarlo.

Jamilah se quedó de piedra al oír aquello y lo vio alejarse de la cama y sentarse en un sillón. Había en él un aire de derrota, y parecía cansado. No había ni rastro de aquella arrogancia de la que acababan de hablar.

–¿Por qué lo hiciste? –le preguntó ella.

–Porque no quería que un hijo mío pasase por lo que yo había tenido que pasar, y pensaba que, irremediablemente, le traspasaría los horrores que yo había vivido, como si éstos se hubiesen quedado grabados en mi ADN. Me daba miedo no poder proteger a mi propio hijo del mal, como le había ocurrido a mi padre.

–Supongo que ahora ya sabes que eso no ocurrirá –le contestó ella después de unos segundos de silencio.

–Ése es el problema. Que no lo sé. ¿Cómo puedo saberlo? Y no estoy preparado para arriesgarme. Por nadie.

Jamilah sintió dolor en su interior porque ella también ocultaba un secreto en esos momentos. Después de hacerle muchas pruebas en el hospital, le habían confirmado que estaba embarazada.

Pero ¿cómo iba a contárselo? Notó que le quemaban las lágrimas en los ojos. Giró la cabeza y le dijo:

–Déjame sola, Salman. No quiero verte nunca más.

Él se levantó y le dijo:

–Nadim e Iseult vuelven a casa mañana.

Ella guardó silencio. No podía hablar.

–Yo me marcharé por la noche… –añadió Salman–. Tengo negocios que atender.

–Vete, Salman. Vete –le pidió ella, cada vez más emocionada.

Salman suspiró.

–Lo siento, Jamilah. Le pediré a Lina que venga a estar contigo…

Capítulo 11

Salman observó Merkazad desde la terraza de Nadim. Aquella vista ya no le resultaba una amenaza. Las emociones que le hacía sentir la mujer que dormía un par de habitaciones más allá, eran otra cuestión.

Golpeó la piedra con un puño. Era un cobarde. Quería volver a esa habitación y seducir otra vez a Jamilah hasta que ésta admitiese que quería que se quedase con ella, o hasta que le dijese que se iría a Francia con él.

Pero sabía que tenía que dejarla marchar.

La idea de no volver a verla lo debilitó todavía más, pero se obligó a no emocionarse. Era muy difícil. Había estado mucho tiempo sin emocionarse y, en esos momentos, no podía evitarlo. Sintió ira por la mujer causante de aquel dolor, pero la ira no tardó en verse sustituida por algo mucho más penoso.

–¿Estás segura de que estás bien? Te noto diferente.

Jamilah miró a su amiga y maldijo su intuición.

Nadim e Iseult habían vuelto el día anterior de su viaje a Irlanda.

Jamilah murmuró algo incoherente y se sintió fatal por no poder confiarle su secreto, pero prefería esperar, después de lo que le había ocurrido la última vez. Se sintió vulnerable, allí tumbada, en la cama, y deseó escapar de las preguntas de Iseult.

–Salman se marchó anoche –la oyó comentar.

–¿Sí? –dijo ella intentando hablar con naturalidad.

–Ha hablado con Nadim de lo que le ocurrió de niño… Y creo que todo va a empezar a ir bien. Además, Salman parece interesado en ayudarlo a gobernar el país.

A Jamilah le dio un vuelco el corazón al oír aquello. ¿Sería una buena noticia para su futuro hijo?

Se obligó a sonreír a pesar de sentirse mal.

–Me alegro mucho por ellos. Ya era hora de que Salman compartiese lo que le ocurrió. Era una carga demasiado pesada.

Iseult frunció el ceño.

–Entonces, ¿lo sabías?

Jamilah se ruborizó y se maldijo por ser tan bocazas.
–Sí… Me lo contó.
–Jamilah…
–Ahora no, por favor. En otro momento. Estoy muy cansada…
Iseult la miró y, después de dudar unos segundos, asintió.
–De acuerdo. Ya sabes dónde estoy.
Y Jamilah le agradeció su amistad con una sonrisa. La vio salir de la habitación y luego se quedó mirando el techo, preguntándose si algún día volvería a sentirse entera.

Una semana después, estaba anocheciendo y Jamilah había vuelto a los establos. No oyó llegar al jeep, pero vio que, de repente, Abdul, al que tenía enfrente, abría mucho los ojos.
Siguió la dirección de su mirada y vio a Salman bajando del jeep, pálido y serio.
Jamilah se giró hacia él y no se dio cuenta de que Abdul empezaba a sacar a los caballos y a los mozos de allí.
–Salman…
Éste cerró la puerta del jeep y Jamilah se dio cuenta de que iba vestido con vaqueros y una camisa amplia. Parecía cansado y no se había afeitado en varios días.
Salman se acercó y ella hizo un esfuerzo por mantener la compostura.
–¿Qué… qué quieres?
–Nunca te alegras de verme, Jamilah –dijo él, en tono un poco triste.
–¿Y te extraña?
–No, la verdad es que no.
–¿Qué estás haciendo aquí, Salman?
–Podríamos llamarlo un curso intensivo para superar mis fobias, para superarme a mí mismo.
–Pues buena suerte, pero, si me perdonas, tengo que seguir trabajando.
Jamilah se dio la vuelta e intentó alejarse, pero se le olvidó que no podía andar. Al poner peso en el tobillo malo, gritó de dolor y, a pesar de la muleta, cayó hacia un lado.
Salman la agarró por la cintura y la apretó contra su cuerpo, y

le dio un beso en el cuello. Ella gimió, desesperada de deseo. Y luego intentó zafarse.

Salman la soltó, pero Jamilah tuvo que agarrarse a sus brazos porque se le había caído la muleta.

–¿Por qué has vuelto, Salman? ¿Qué quieres? –le preguntó, con los ojos llenos de lágrimas–. ¿Por qué no me dejas en paz? No puedo ser sólo tu amante. No puedo…

Él la abrazó y la besó en los labios y cuando se apartó, le preguntó:

–Por favor, ¿podemos hablar en otra parte?

Y ella asintió. No era capaz de negarle nada a aquel hombre cuando lo tenía tan cerca y la miraba así.

Él la tomó en brazos.

–¿Dónde está tu apartamento?

Y Jamilah le indicó hacia su despacho, lo atravesaron y llegaron a la zona en la que vivía. Salman la sentó con cuidado en el sofá y se apartó.

–¿Vas a… escucharme? –le preguntó.

–No tengo elección –murmuró ella.

–¿Cómo está tu tobillo?

–Bien, aunque supongo que no has venido hasta aquí para preguntarme eso.

–No. La verdad es que no –le respondió él, pasándose una mano por el pelo–. No me marché a Francia inmediatamente. Estuve en África, a la sede de la organización. Pensé que allí me distraería… pero lo que hice fue darme cuenta de lo afortunado que era. Y de todo lo que podía tener si era valiente.

Sacudió la cabeza antes de continuar.

–Esos niños… no tienen nada. Ni a nadie. Es difícil que vayan a poder tener una vida normal.

–¿Salman…? –le dijo ella, confundida.

Él se acercó y se sentó, demasiado cerca.

–Hace seis años, rompiste algo en mi interior, Jamilah. Y siempre he sabido que tendría que volver contigo. Desde que eras pequeña, desde el día que te vi delante de la tumba de tus padres… siempre he sentido que podías ver en mi interior, y que no te horrorizaba lo que veías…

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

–No puedo creer que todavía te acuerdes de aquello.
–Siempre lo he recordado, y siempre he querido volver a ti…
–No, Salman, no me digas esas cosas, por favor… Si lo que quieres es convencerme de que vuelva a tu cama…
Él le agarró la mano.
–Quiero mucho más que eso, Jamilah… Al volver a Francia, fui a ver al médico que me había hecho la vasectomía. Me confirmó que no había funcionado, y me preguntó si quería que me la volviese a hacer.
–¿Y qué le contestaste tú?
–Que tenía que hablarlo con alguien.
–¿Con quién?
–Contigo.
Jamilah sacudió la cabeza e intentó contener la esperanza que volvía a crecer en su corazón.
–¿Qué tengo que ver yo con eso?
–Todo –respondió Salman sonriendo–. Porque no hay otra mujer en la Tierra con la que consideraría tener hijos. Sólo contigo.
–¿Qué me estás diciendo?
–Te estoy diciendo que te quiero. Creo que siempre te he querido. No puedo vivir sin ti –le confesó él, poniéndose todavía más serio–. Aunque entiendo que, después de todo lo ocurrido, no quieras saber nada de mí. No obstante… si me dieses una segunda oportunidad, te prometo que pasaría el resto de mi vida haciéndote feliz y demostrándote cuánto te quiero… Eres la única que puede redimir mi alma…
Salman se metió la mano en el bolsillo del vaquero y sacó una pequeña caja de terciopelo. La abrió y apareció en ella un precioso anillo con un zafiro.
–Jamilah, ¿me harías el honor de casarte conmigo?
Ella se quedó en silencio unos segundos. Luego miró a Salman y luego alargó la mano para tocarle el rostro.
–Es un sueño. No eres real.
–Soy real y tengo muchos defectos, como bien sabes, pero tú eres la única que puedes convertirme de nuevo en humano. Aunque sepas que no lo merezco, que no te merezco.
Ella le tomó la mano.
–Te lo mereces todo. Ambos nos lo merecemos. Y ya hay una

nueva vida creciendo en mi vientre, una prueba de que tenemos un futuro juntos.

Salman la miró maravillado.

–Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

Ella se encogió de hombros y sonrió.

–¿Quién sabe? ¿Tal vez en París?

Jamilah vio alegría y miedo en los ojos de Salman y le dio un beso en la mano.

–Lo que dije acerca de que habrías sido un padre horrible, no lo pensaba, sólo estaba enfadada y lo pagué contigo. Pienso que vas a ser el mejor padre del mundo.

–Me lo merecía. Eso, y mucho más. Pero tal vez ésta sea realmente nuestra segunda oportunidad.

Jamilah tomó su rostro con ambas manos.

–Mi amor, tienes tanto derecho como cualquiera a ser feliz. Estamos juntos y te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré. A ti y a nuestro bebé. Y quiero pasar el resto de mi vida siendo feliz, y enamorada. Y, sí, quiero casarme contigo.

Él le dio un apasionado beso.

–Y yo te prometo pasar el resto de mi vida queriéndote e intentando ser un buen padre para este hijo, y para los demás que podamos tener…

–Serás un buen padre, Salman –le contestó ella convencida.

Ninguno de los dos oyó a Iseult llamar a la puerta, ni tampoco la vieron entrar seguida de Nadim. Al ver lo ocupados que estaban, éstos decidieron salir y cerrar la puerta tras de ellos.

Dos meses después, vestida con un vaporoso vestido color marfil y con escote palabra de honor, Jamilah se casó con Salman en una ceremonia muy sencilla y privada, celebrada en una de las terrazas del castillo.

Nadim e Iseult fueron los testigos mientras su hijo recién nacido dormía en el cochecito a su lado. Salman y Jamilah no habían querido casarse hasta después del bautizo del pequeño Kamil Sean.

Y cuando la ceremonia terminó, justo cuando las estrellas estaban empezando a brillar en el cielo, Jamilah y Salman fueron a

disfrutar de un momento de tranquilidad los dos solos antes de bajar a recibir a los invitados que estaban esperando para felicitarlos en el salón de baile del castillo.

Él la abrazó por detrás y entrelazaron las manos mientras se deleitaban con el mágico paisaje.

Salman había tomado la valiente decisión de hacer pública su experiencia y convertirse en el rostro visible de la organización benéfica.

Le dio un beso en la cabeza a Jamilah y ésta sonrió. No necesitaban palabras. Estaban juntos y no necesitaban nada más.